

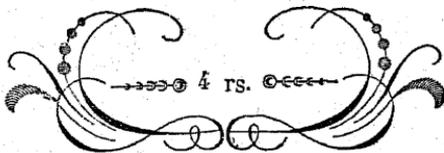
**CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.**

**LA ESPAÑA DRAMÁTICA.**

**COLECCION DE OBRAS**

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.



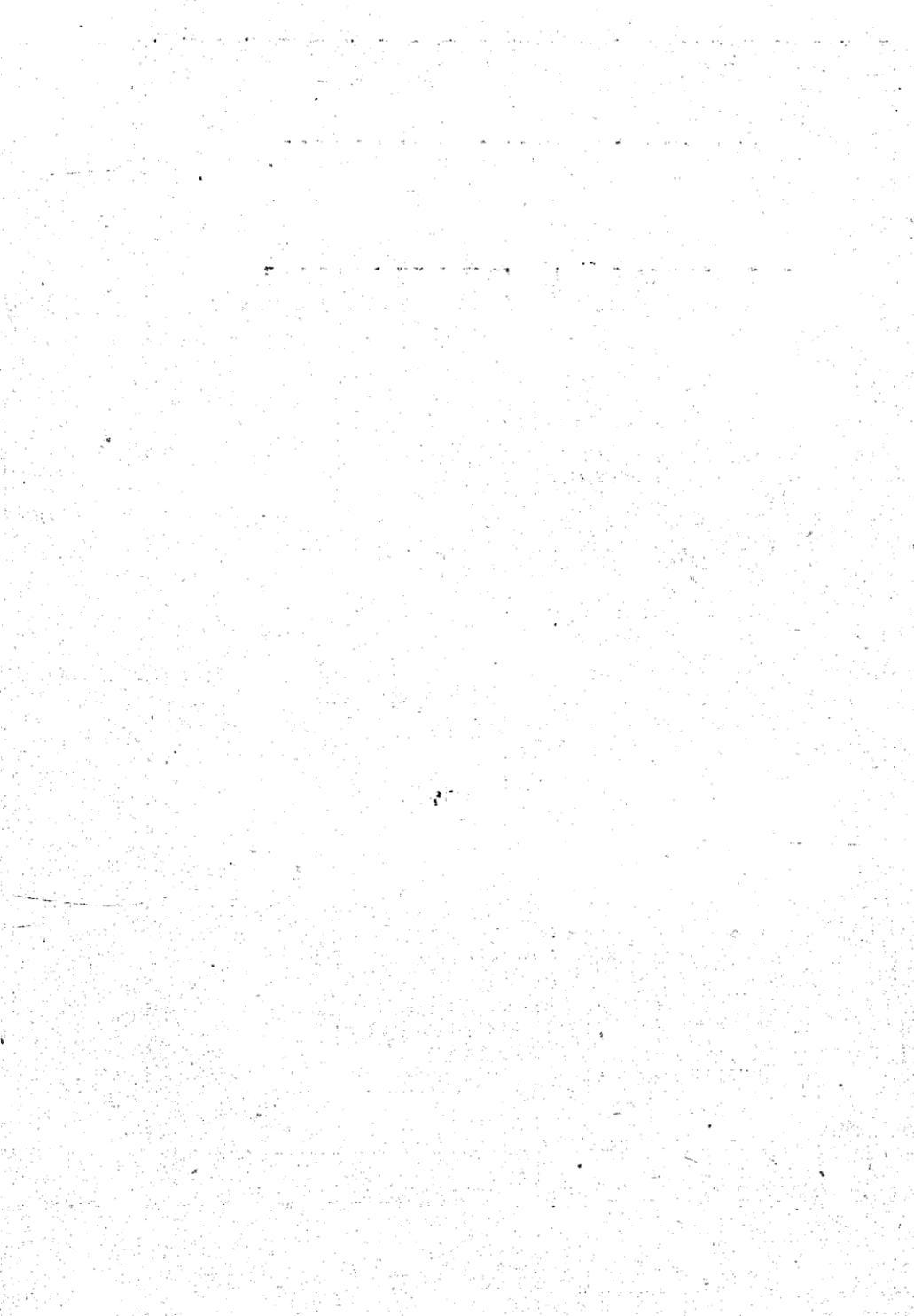
**MADRID:**

RIOS,  
Calle de Carretas.



GUESTA,  
Calle Mayor.

IMPRENTA DE FORTANET, GEDA 7.



## PROPIEDAD.

El *Círculo Literario Comercial* ha adquirido la propiedad de esta obra por escritura pública de 21 de Enero de 1830, y como su esclusivo propietario perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó sociedad formada por acciones, suscripciones, ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á las reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844 y 5 de Mayo de 1847.

Se considerarán como reimpresos furtivamente los ejemplares que no llevasen la contraseña reservada del *Círculo Literario Comercial*.

## Artículos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

«El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señala, el 10 por 100 de la entrada total de cada representación, incluso el abono. Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos.» *Art. 10 del Reglamento del Teatro Español de 7 de febrero de 1849*

«Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, y la cuarta parte las traducciones en prosa.» *Idem art. 11.*

«Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mérito de la refundición.» *Idem art. 12.*

«En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva, percibirá el autor, traductor, ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda.» *Idem art. 13.*

«El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representación, incluso el abono. El máximo de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el minimum la mitad.» *Art. 59 del decreto orgánico de Teatros del Reino, de 7 de febrero de 1849.*

«Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer órden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis, uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas.» *Idem art. 60.*

«Los empresarios ó formadores de Compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el Gefe Político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos.» *Idem art. 78.*

«Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria.» *Idem art. 81.*

«Las empresas no podrán cambiar ó alterar en los anuncios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el texto sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se establece en el artículo antes citado de la ley de propiedad literaria.» *Idem art. 82.*

«Respecto á la publicacion de las obras dramáticas en los teatros, se observarán las reglas siguientes:

1.<sup>a</sup> Ninguna composicion dramática podrá representarse en los teatros públicos sin el previo consentimiento del autor.

1.<sup>2</sup> Este derecho de los autores dramáticos durará toda su vida, y se transmitirá por veinte y cinco años, contados desde el dia del fallecimiento, á sus herederos legítimos, ó testamentarios, ó á sus derecho-habientes, entrando despues las obras en el dominio público respecto al derecho de representarlas.» *Ley sobre la propiedad literaria de 10 de junio de 1847, art. 17.*

«El empresario de un teatro que haga representar una composicion dramática ó musical, sin previo consentimiento del autor ó del dueño, pagará á los interesados por via de indemnizacion una multa que no podrá bajar de 1000 reales ni exceder de 3000. Si hubiese ademas cambiado el título para ocultar el fraude, se le impondrá doble multa.» *Idem art. 23.*

R. 52.762

# LA LEY SÁLICA,

COMEDIA EN DOS ACTOS,

DEL CÉLEBRE E. SCRIBE,

y arreglada á la escena española

POR

*Don Ramon de Valladares y Saavedra,*

Y

**Don D. de Scarlatti y de Aldama.**



**MADRID.**

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE D. A. VICENTE,  
*calle de Lavapies, núm. 40.*

**1848.**



## PERSONAS.

---

CRISTIAN, rey menor.

EL DUQUE DE OLDEMBURGO, presidente del senado.

LA DUQUESA, su esposa, tia del rey.

ENRIQUE DE HOLSTEIN, capitán de las guardias.

MARGARITA, jardinera.

DANIEL, marinero.

La escena pasa en Copenhague.

---

Esta comedia es propiedad del Sr. D. **Dámaso Aparicio**, el cual perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna otra sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las reales órdenes de 5 de mayo de 1847, 8 de abril de 1839, y 4 de marzo de 1844, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán como reimpresos furtivamente todos los ejemplares que no lleven la rúbrica de dicho señor.

---

## ACTO PRIMERO.



Un salon del palacio.—Al fondo una ventana.—Dos puertas laterales en primer término.—A la derecha la que da paso á la habitacion del rey.

### ESCENA I.

MARGARITA *está colocando varios ramos en distintos puntos del salon. ENRIQUE sale por la puerta de la izquierda, y se dirige con lentitud hácia la puerta derecha.*

MARGARITA. ¡Ah!.... ¡Es el señor capitan de guardias, conde de Holstein, que estará esperando, como yo, á que su magestad se levante!.....

ENRIQUE. (*Levantando la vista.*) ¡Hola! ¡Margarita! La linda florista que hallo todas las mañanas en este mismo sitio!... (*Se acerca á ella.*) ¿Es para mí quizás ese precioso ramillete?

MARGARITA. No señor; es para nuestro jóven rey.

ENRIQUE. ¿De quien sois la protegida?

MARGARITA. Sí señor.

ENRIQUE. (*Con galanteria.*) ¡Es muy justo! ¡Le gustan tanto las flores!.... Decidme: ¿sois la hija del jardinero mayor?

MARGARITA. ¡Oh, no!.... Pobre huérfana, sin mas apoyo que mi oficio de florista, lloraba un dia desconsoladamente por las calles de Copenhague..... ¡Tener flores y carecer de pan!.... A la sazón pasaba nuestro jóven rey, y notando mi dolor, hizo detener su carruaje para hablarme.....

ENRIQUE. ¿Y os encontró muy amable?

MARGARITA. Así lo creo. Desde aquel momento me nombró con extrema bondad jardinera de palacio.

ENRIQUE. Sea en buen hora. Cada uno tiene su gusto. (*Seña-*

:

lando.) A él las flores..... (Mirando á Margarita.) ¡A mí la florista! ¿Mas por qué no entráis?... Siendo las nueve dadas, ¿estará aun su magestad en la cama?

MARGARITA. Creo que sí, aunque no hace mucho que he visto entrar á su tia la duquesa de Oldemburgo.

ENRIQUE. (Con alegría.) ¿Sola?....

MARGARITA. No por cierto; con su marido el presidente del senado.

ENRIQUE. ¡Qué desgracia!

MARGARITA. ¿Por qué?

ENRIQUE. Por razones que me reservo. Si por algo siento que no sea otro de lo que es nuestro jóven soberano, es por lo mucho que le amo.

MARGARITA. Es tan hermoso, tan dócil, tan amable..... y un carácter como el suyo es muy á propósito para un jóven.

ENRIQUE. Os equivocais. Justamente á su edad es lo que mas le perjudica.

MARGARITA. Tened presente que mañana cumple diez y seis años solamente.

ENRIQUE. Sí; pero á esa edad no hay nadie; hasta el mas insignificante particular, el menos travieso estudiante, que no sea vivo, audaz é intrépido..... ¡Con cuánta mas razon deberia serlo un rey que es modelo! ¡Pero no hay remedio! ¡Todo le sobrecoge, todo le intimida. Los almuerzos y bromas de los jóvenes le fastidian; el Champagne le da dolor de cabeza, y se fatiga á la mas pequeña partida de caza.

MARGARITA. (A media voz.) ¡Y cuando los oficiales tiraron de sus espadas el otro dia para prestar el juramento de fidelidad..... se puso pálido!....

ENRIQUE. (Aparte.) ¡Lo ha visto! (Alto.) ¡Oh, qué locura!.... ¡No lo creas!

MARGARITA. ¡Vaya! ¿Y qué tiene eso de particular?... ¡Digol ¡Sables desvainados!... Tambien á mí me causó miedo.

ENRIQUE. A vos es natural; ¡pero á él!.... ¡Oh!.... No es una muger.

MARGARITA. ¡Por supuesto!

ENRIQUE. Cuando le presentes ese ramo de flores, recuérdale que para hoy á las diez tiene dada la orden para pasar una revista delante de palacio.

MARGARITA. Está bien.

ENRIQUE. Tened cuidado de que no se os olvide. Parece que ayer os hizo llamar.

MARGARITA. Ciertamente: y yo casi estaba resuelta á hablarle en favor de mi prometido.....

ENRIQUE. ¿Conque teneis un prometido..... un amante?

MARGARITA. Sí señor..... como todo el mundo. Hace mas de un año que está al servicio de la marina mercante, y yo quisiera trasladarle á la marina real; pero no me atreví ayer á decirlo á su magestad, porque estaba en su gabinete.

ENRIQUE. ¿Trabajando?

MARGARITA. Justamente..... en tapicería.

ENRIQUE. (*Aparte con despecho.*) ¡Qué vergüenza! (*Alto y con risa forzada.*) ¡Já, já! Sí..... Es un gusto particular que tiene con sus tapices de batallas.....

MARGARITA. ¡No, no..... de flores! Yo tambien le llevé algunas, y quise empezar mi diálogo, cuando me ví interrumpida, porque le presentaron una porcion de cartas.....

ENRIQUE. (*Con aire de incomodidad.*) ¡Ah! ¡Papeles importantes..... despachos diplomáticos!...

MARGARITA. ¡No por cierto!.... Eran billetes bien perfumados.

ENRIQUE. (*Con alegría.*) ¡Bravo!.... ¡Billetes amorosos!

MARGARITA. Asi lo creo, porque se puso encarnado, y turbándose me dijo: «¡A mí semejantes cartas!.... Mira, hija mia, ponlas en mi tocador para hacer mis papillotes.»

ENRIQUE. (*Afectando reir.*) ¡Ah!.... ¿Conque se pone papillotes?... (*Aparte.*) ¡Por vida del... ¿Y este es un rey? (*Alto.*) ¿Y tú no miraste las cartas?

MARGARITA. ¡Pues ya!... ¿Qué os habeis figurado de mí? Yo solo he visto sin querer la firma de una gran señora.....

ENRIQUE. ¡De veras! Escucha, Margarita: es preciso cumplir aqui como fieles vasallos, porque faltar á las citas y audiencias es un defecto muy grave para un príncipe.

MARGARITA. ¡Cielos! ¿Quereis ir en su lugar?

ENRIQUE. ¡Silencio! (*Mirando á la puerta, que se entreabre.*)

MARGARITA. Es el presidente del senado, Mr. de Oldemburgo, y su esposa.

ENRIQUE. Qué salen del cuarto del rey, su sobrino.

MARGARITA. Voy pues á llevarle los ramos de flores, y á hablarle de Daniel.

ENRIQUE. ¡Que no olvides recordarle la revista de las diez... que ha de ser á las diez!... ¿Lo entendéis?

MARGARITA. Está bien.

## ESCENA II.

*Los mismos, EL DUQUE y LA DUQUESA DE OLDEMBURGO saliendo por la puerta de la derecha. ENRIQUE los saluda, y sale por la puerta del fondo, haciendo señas de inteligencia á Margarita: esta se acerca á la mesa de la derecha.*

DUQUESA. (*A su esposo señalando á Margarita.*) ¡Es ella!...  
¿La veis?... No hay duda.... ¡Ella es!

DUQUE. (*Bajo.*) ¡La querida del rey!... ¿Estais segura?

DUQUESA. Así se afirma, y todo me lo comprueba.

MARGARITA. (*Aparte fijándose en la duquesa.*) ¡Con qué desden me miras!

DUQUESA. (*A su esposo.*) Acabais de ver hace un momento al señor conde Enrique de Holstein... nada menos que á un capitán de guardias, haciendo la corte á la nueva favorita... ¡Qué bajezal!

MARGARITA. (*Aparte mirando al duque que la saluda muy rendido.*) ¡Vaya!... A lo menos este es mas atento. (*Hace una cortesía y entra en la cámara del rey.*) ¡Servidora vuestra, caballero!

DUQUESA. (*Al volverse observa el saludo profundo que su esposo hace á Margarita.*) ¡Qué es lo que haceis?

## ESCENA III.

## EL DUQUE y LA DUQUESA.

DUQUESA. ¿Vos tambien os inclináis al nuevo sol de la corte?

DUQUE. Nada se ha dicho de oficio; pero en la duda no está de mas un saludo anticipado que nada cuesta... y que puede prometer un buen resultado.

DUQUESA. (*Colérica.*) ¡Es una eleccion infamante!... ¡Un absurdo!...

DUQUE. Ciertamente. Y sin vacilar debía el príncipe en tales casos consultar los títulos de nobleza, y dirigirse con sus galanteos á las marquesas y duquesas...

DUQUESA. (*Con dignidad.*) ¡Caballero!

DUQUE. ¡Oh! ¡Es la costumbre!... Pero nuestro jóven rey la usa bien poco.

DUQUESA. Eso mismo indica que la primera persona que obtenga su influencia, disfrutará en breve la autoridad mas absoluta... ¿Y sufrís eso?

DUQUE. Señora duquesa, permitidme...

DUQUESA. Hasta el dia era menor de edad, y no habia peligro; pero hoy ya se cumple su mayoría.

DUQUE. ¿Y tengo yo por ventura la culpa? Hoy le presentaremos las cuentas de la tutela y el testamento cerrado que su padre puso en manos del senado.

DUQUESA. ¡Y mañana será proclamado rey... y subirá al trono!....

DUQUE. ¿Puedo yo impedirlo?

DUQUESA. Tal vez.

DUQUE. ¿Cómo?

DUQUESA. Bajo el reinado de semejante príncipe ninguna reputacion gozaremos; cuando por el contrario, elevando al conde de Gottorp, mi hermano, que se halla actualmente desterrado.....

DUQUE. (*Estremeciéndose.*) ¿Qué estais diciendo?

DUQUESA. (*Tranquilamente.*) Despues del rey actual, en la línea de los varones es el heredero mas próximo del trono, y con él partiriámos el poder de que le hacemos dueño.

DUQUE. ¡Aun mas cambios!.... ¡Aun mas revoluciones!.... Señora, aunque diplomático, si es preciso el que por primera vez en mi vida os hable con franqueza, os confieso que.....

DUQUESA. (*Con altanería.*) ¿Qué vais á decir?

DUQUE. (*Con mas dulzura.*) Que teneis mucha agudeza, mucho talento, y que de nosotros dos.....

DUQUESA. Yo soy el hombre de Estado.

DUQUE. Eso iba á decir. En el reinado del difunto rey, vuestro hermano, intrigásteis para desterrar al conde de Gottorp, hermano, segundo hermano; y ahora que reina vuestro sobrino, quereis traer á ese hermano turbulento y peligroso. Antes adorabais á nuestro actual soberano, y vuestros sueños dorados eran darle por esposa á nuestra hija Matilde; ¡pero ahora habeis cambiado de repente, y le aborreceis y quereis destronarle! ¡Ya me aburren estas cuestiones y estas enemistades entre familia..... estos vaivenes y continuas mudanzas del poder!.....

**DUQUESA.** ¡A los que debeis la plaza de presidente del senado, el primer lugar del reino!

**DUQUE.** ¡Pues justamente porque ocupo el primer lugar, creo que nada hay malo, y que todo va perfectamente! ¡Tengo un magnífico boato, un palacio soberbio, fuego escelente, mesa opípara, ningún quehacer..... y todo á costa del gobierno..... esto es, de la nación! ¡Mis ocupaciones son sentarme en un sillón de terciopelo y pensar dentro de un buen gorro con armiños y una capa de idem!.... ¿Y quereis cambios y revoluciones?.... ¡Vaya, vaya! Antes de ascender es lícito intrigar, revolucionar..... ¿Pero qué hombre es revolucionario en el poder?

**DUQUESA.** ¿Y si os quitáran todo lo que poseeis?

**DUQUE.** ¡Privarme de mis comodidades! ¡Antes morir!!! ¡Y si yo lo supiera!....

**DUQUESA.** ¡Oh! Pues estoy muy segura de ello; y por lo mismo me he puesto en comunicacion con el conde de Gottorp.

**DUQUE.** ¡Sin decirme nada!

**DUQUESA.** (*Con viveza.*) Mientras que el anciano conde de Holstein, primer ministro nombrado por el difunto rey, ha presidido el consejo de regencia, ninguna cosa ha ocurrido; pero hace un año que falta, y ahora el éxito es seguro con un rey que no tiene mas ocupaciones que los entretenimientos mas frívolos, ni otro consejo que el de la vieja aya, que le ha criado sin abandonarle un solo instante, y por último, sin otro apoyo que el del jóven Enrique de Holstein, capitán de guardias, que acaba de salir de paje; un rey, en fin, que se dejará usurpar la corona, como se asegura le han quitado á su querida, la condesa de Woldemar!

**DUQUE.** Entonces, ¿por qué en lugar de pensar en vuestro hermano, el conde de Gottorp, que no inspira simpatía alguna, estando vos primero, no colocais la corona en vuestra cabeza?

**DUQUESA.** ¿Yo?

**DUQUE.** ¡Vos..... hermana del último rey!....

**DUQUESA.** ¡Eso es soñar demasiado!

**DUQUE.** Pues es el único medio de que esto concluya y quedemos en paz.

**DUQUESA.** ¿Y pensais que no me ha ocupado esa idea?

**DUQUE.** (*Con viveza.*) ¡Y bien!.... Luego.....

**DUQUESA.** Sí; pero la ley del reino, la ley sálica, esa ley anti-

social y absurda, que en Dinamarca como en Francia prohíbe el reinar á las mugeres.....

DUQUE. ¿Y si en lugar de reinar, sucumbiéseis esponiéndoo? ¡Porque al cabo..... presentarse asi..... con esas pretensiones..... es una audacia!

DUQUESA. ¡Cómo se conoce que nunca habeis conspirado! Pues que... ¿se presenta uno en esos casos? ¡Nada menos que eso! Se hace la guerra, pero sin declararla; se promueven ocultamente disturbios, motines é inconvenientes; se derrama el oro con profusion, y el cargo de dar la cara lo toman los menesterosos, que de buena fe gritan, se esponen y mueren, para entregarnos despues el mando.

DUQUE. ¿Y en dónde se encuentran esos imbéciles autómatas?

DUQUESA. ¡Tranquilizaos!.... Por sí mismos se presentarán cuando convenga.

#### ESCENA IV.

*Dichos, DANIEL.*

DANIEL. (*Forcejeando entre dos centinelas que le apuntan con sus fusiles.*) ¡Eh!... ¿Y por qué no he de entrar en el palacio del rey, cuando ha dicho que recibe á todo el mundo? ¿Seremos esceptuados los marinos?

DUQUESA. (*Alzando la voz.*) Ese buen hombre tiene razon...

DUQUE. (*Asombrado.*) ¡Cómo es eso!

DUQUESA. (*Bajo á su marido.*) Todos los que se quejan tienen razon. (*Alto, y haciendo seña á los soldados.*) Dejadle entrar. (*Los soldados retiran sus fusiles.*)

DANIEL. (*Viniendo á la escena.*) Os doy mil gracias, señora, porque al fin el que no está acostumbrado á las ceremonias de la corte..... (*Señalando al duque*) como el señor..... no es estraño que ignore lo que debe hacerse en el palacio del rey.

DUQUESA. Y si os puedo ser útil en algo...

DANIEL. Sois demasiado buena para que yo rehuse... Ademas yo traigo una peticion que he escrito para mí mismo.

DUQUESA. (*Con suma amabilidad tomando la solicitud.*) Está perfectamente. ¿Cómo os llamais?

DANIEL. Daniel Swéborg... marinero de la gabarra *Christiem*.

DUQUESA. (*Con importancia.*) ¡Un buque de guerra!

DANIEL. Como vos decís, armada de pesca para el banco de Terra-Nova, adonde yo fui para hacer fortuna, y de donde he vuelto del mismo modo que salí.

DUQUESA. (*Con interés.*) ¡Ah! ¿Conque no habeis obtenido nada? (*Aparte.*) Me alegro.

DANIEL. Nada, señora baronesa.

DUQUESA. (*Con viveza.*) ¡Duquesa, duquesal \*

DANIEL. Pues... porque, señora duquesa, habeis de saber que un año antes de partir yo ganaba poco mas...

DUQUE. (*Bajo á su muger con impaciencia.*) ¡Cómo!... ¿Vais á oír?

DUQUESA. Seguid. (*A media voz.*) ¡Todo puede servir!

DANIEL. Ganaba en el puerto tres copetes por día.

DUQUESA. ¿Nada mas?

DANIEL. Nada mas.

DUQUESA. Erais acreedor á doble sueldo.

DANIEL. ¡Pues eso es lo que digo siempre! Esta es una injusticia.

DUQUESA. ¡Una infamial

DUQUE. (*Volviendo las espaldas.*) ¿Y qué remedio?

DUQUESA. Sí, duque, sí: y si yo fuese él ó alguno de sus compañeros, levantaria la voz, me quejaria.

DANIEL. Eso es lo que he hecho siempre.

DUQUESA. ¡Muy bien!

DANIEL. Por otro lado, estaba prometido á una pobre jóven á quien amé en mi infancia, y con quien quiero casarme.

DUQUESA. ¿Y necesitareis entonces doce copetes por dia?

DANIEL. (*Señalando á su peticion.*) Justamente es lo que pido.

DUQUESA. Y lo obtendreis... os lo prometo.

DANIEL. Por otro lado, mi pretendida no tiene nada... lo que se llama nada... Una florista... rozagante como sus flores... Margarita Guillerstein.

DUQUESA. ¡Margarita! (*Despues de cambiar una mirada con el duque devuelve la solicitud á Daniel.*) En ese caso, caballero, no es á nosotros á quienes debeis presentar este papel, sino á Margarita.

DANIEL. (*Asombrado.*) ¡Cómo es eso!

DUQUESA. Ella está colmada de favores.

DUQUE. En virtud de su plaza, con su gracia inimitable, ella es la que lleva al príncipe las flores.

DUQUESA. No, necesitais mas que su apoyo para obtener cuanto deseais.

DANIEL. ¡Es posible!... Porque si esto fuera verdad...

DUQUESA. ¿Qué... qué hariais?

DANIEL. ¿Qué haria? Me moriría por sorprenderla.

DUQUESA. ¿Y despues?...

DANIEL. ¡Me mataria de desesperacion!

DUQUESA. Teneis demasiado talento para eso: y asi lo que  
debeis hacer...

DANIEL. ¿Qué?

DUQUESA. Os lo diré... ¡Pero callaos! La puerta se abre, y es  
sin duda Margarita...

DUQUE. Que sale de la cámara del rey.

DANIEL. ¡Cielos!

DUQUESA. ¡Adios, señor Daniel!

DUQUE. ¡Adios, mi querido Daniel!

DANIEL. Pero al menos esplicadme...

DUQUESA. Vedlo, vedlo por vos mismo. *(El duque y la duquesa salen por el fondo á la izquierda.)*

## ESCENA V:

DANIEL, despues MARGARITA.

DANIEL. *(Procurando distraerse.)* ¡No es posible... no es posible!... ¡Es una locura... una pesadilla!... ¡Margarita ser la protegida del príncipe!... ¡Ella, que tanto estima mi honor, olvidar asi su fel!...

MARGARITA. *(Percibiendo á Daniel.)* ¡Cielos!... ¡No me engaña mi corazon!... ¡Daniel!

DANIEL. *(Corre hácia ella, pero de pronto se detiene en el camino.)* ¿Qué es lo que iba á hacer?... Olvidar tan pronto...

MARGARITA. *(Admirada.)* ¡Qué aire mas sombrío!... ¿A qué viene esa inquietud?

DANIEL. ¡Nada... nada! Me creia dichoso volviendo á veros... y... ya se ve... fiado en la costumbre...

MARGARITA. ¿Qué es lo que estás diciendo?

DANIEL. *(Con mucha emocion.)* Se me ha dicho, señorita, que os presente esta solicitud...

MARGARITA. *(Tomando el papel que la presenta.)* ¿A mí?

DANIEL. *(Gravemente.)* ¡A vos!

MARGARITA. ¡Él tambien!... ¡Esto es extraordinario!... Hace ocho dias que todo el mundo me hace reverencias y corte-

- sias... y me trae, como este, los memoriales y los regalos.
- DANIEL. (*Con dolor.*) ¿Conque es verdad?
- MARGARITA. (*Con inocencia.*) ¡Y tan verdad! Vedlo mejor en estos zarcillos, este collar y esta sortija. Estoy bonita: ¿no es verdad?
- DANIEL. ¿Y vos lo habeis aceptado?
- MARGARITA. ¡Pues es claro!... En el tomar no hay engaño... Me pedían solamente que colocase sus papeles en la mesa del rey... ¿Qué mal puede haber en esto?
- DANIEL. (*Con cólera.*) ¡Le hay, señorita, le hay! Y todos aquellos que os han hecho esas proposiciones son unos infames.
- MARGARITA. ¿Y vos haceis como ellos?
- DANIEL. Pero yo al menos no os doy nada por ello: esta es la diferencia.
- MARGARITA. ¡Jesus!... ¡Tú!... Tú no tienes nada.
- DANIEL. Sí... yo no tengo como vos zarcillos y sortijas que brillen... Yo no tenia nada; yo no tengo nada: esto es lo que yo he ganado... y estoy orgulloso...
- MARGARITA. Y tienes razon... porque yo te amo como siempre.
- DANIEL. ¿Vos me amais, Margarita, vos?.. ¿Vos me amais en la actualidad?
- MARGARITA. Mi puesto no me lo estorba, y por eso te esperaba con impaciencia.
- DANIEL. (*Con alegría.*) ¡Es posible! ¿Pero de dónde venias ahora... en este momento?
- MARGARITA. De la cámara del rey.
- DANIEL. ¡Uf!... ¿Y qué hacias en la cámara del rey?
- MARGARITA. Poner las flores sobre la chimenea, que es lo que hago todos los dias, como jardinera de palacio.
- DANIEL. (*Empezando á tranquilizarse.*) ¡Ah! ¡Era para eso! ¿Y qué es lo que te dice el rey?
- MARGARITA. Nada... Voy y vengo á su alrededor sin que se ocupe de mí... Solamente cuando estoy mucho tiempo me suele decir: vete, está bien, vete.
- DANIEL. ¡Ah!... ¿Vete? ¿Conque no te dice: ven?
- MARGARITA. No: y esto con dulzura, porque es un señor muy bueno.
- DANIEL. ¿Y no te echa miradas oblicuas, ni te hace cumplimientos?
- MARGARITA. ¿Cómo?
- DANIEL. Sé franca, Margarita... y ten valor, como yo le tengo.

MARGARITA. No me mira jamás. El otro día solamente me dijo: «¡Qué mal ataviada estás!»

DANIEL (*Con gomo.*) ¡Bravo!

MARGARITA. Sí; porque llevaba las cintas verdes, y este color no me sienta. Como siempre quería hablar al rey de tí, y estaba ocupado en leer, hice así para que me reparase (*Tose ligeramente.*) ¡Hum... hum! y le hice la mas profunda reverencia: levantó los ojos, y me dijo con impaciencia: «¡Cómo estás tan tranquila! ¡La punta de tu pañuelo está desbaratada!» ¡Y es verdad, señor; yo no reparo en nada! le contesté.

DANIEL. ¡Bien, muy bien!

MARGARITA. ¡Es un príncipe tan cuidadoso! Despues tomó un alfiler.

DANIEL. ¿Pues qué, tiene alfileres?

MARGARITA. Todo un tamborcillo sobre su mesa de trabajo.

DANIEL. (*Aparte.*) ¡Vaya una cabeza de hombre!

MARGARITA. Y me le puso él mismo. Muy mal hecho, porque alguno podia pensar otra cosa... y no era mas que esto lo que hacia.

DANIEL. ¿Conque no era mas que eso lo que hacia?

MARGARITA. ¡Nada mas! Y yo entre tanto le decia: «¡Señor, dentro de poco debe llegar Daniel el marinero, que es mi amante...»

DANIEL.. (*Asustado.*) ¡Imprudente! ¿Le has dicho eso?

MARGARITA. Ciertamente..... «Yo quisiera para él un destino, un buen destino...»

DANIEL. ¿Y qué es lo que te dijo?

MARGARITA. Se echó á reir con tanta bondad y gracia, y me dijo: «¿Conque tú amas á uno?—Sí señor.—¿Y quieres casarte con él?—Sí señor... cuanto antes mejor.—Muy bien: así que esté de vuelta en Copenhague, preséntamele.»

DANIEL. (*Transportado.*) ¿Conque te ha dicho eso?

MARGARITA. Añadiendo: «y entre tanto vete, vete, porque voy á trabajar.»

DANIEL. (*Transportado.*) ¡Vete!... ¡Ah! ¡Vete!... ¡Qué buen rey! (*Aparte.*) ¡Bah!... ¡Lo que me decian los otros era mentira y falsedad! (*Alto.*) ¡Margarita, Margarita... me parece tan gentil, tan buena, tan hermosa, que... ya lo ves... te amo mas que nunca.

MARGARITA. Si no me engaño, tú vas á obtener un buen des-

- tino, y yo... (*Señalando a sus zarcillos y collar.*) Si esto continúa como hasta aquí... seré muy rica.
- DANIEL. ¡De ninguna manera! Te prohibo para en adelante recibir nada.
- MARGARITA. ¿Y lo que he recibido hasta ahora?
- DANIEL. Acerca de eso, nada. Lo recibido, recibido... pertenece á la historia... Dime solamente: puesto que el rey desea verme, ¿cuándo me presentarás á su magestad?
- MARGARITA. Hoy mismo... dentro de dos horas, cuando vuelva de paseo, que es la hora en que está solo comunmente.
- DANIEL. Bien: pero esos soldados con sus fusiles... esta mañana me impidieron la entrada, y si no hubiera sido por la proteccion de una gran señora que está aquí...
- MARGARITA. ¿Tienes miedo? (*Mostrándole una puertecilla á la izquierda.*) ¡Miral Por aquí... hay una escalera secreta, por la cual todas las mañanas traigo mis flores, y la cual da á los jardines, cerca de un gran naranjo, á cuyo lado tengo mi habitacion.
- DANIEL. ¡Muy bien! (*Se oye una música militar por fuera.*) ¿Qué música es esta?
- MARGARITA. La revista que va á tener lugar. ¡Adios... hasta despues..... á las dos!... ¡Adios!  
(*Daniel sale por la puertecilla de la izquierda.*)

## ESCENA VI.

- MARGARITA, despues ENRIQUE entrando por la puerta del fondo, mientras que la música militar sigue tocando.
- ENRIQUE. (*Vivamente.*) ¡El rey, el rey!... Todas las tropas estan tendidas en batalla sobre la plaza principal y bajo este balcon, donde buscan al rey..... Preguntan por él..... ¿Dónde está... dónde?
- MARGARITA. En su cámara; y esta mañana ha asegurado delante de mí que se turbaba...
- ENRIQUE. Sí... sí... Yo no me atrevo á entrar; pero para tí, Margarita, él no guarda orden, no usa etiquetas... Cualquier pretesto; vas á buscar las canastillas... á mudar el agua á las flores... en fin, dile que la hora ha pasado, y que no es justo hacer esperar á tres regimientos con las armas en la mano.

MARGARITA. ¡Oh.... no le diré nunca eso! *(El rey sale del cuarto de la izquierda. Margarita le hace una reverencia; Enrique le hace señas de que se vaya, y ella entra en la cámara del rey.)*

## ESCENA VII.

ENRIQUE, CRISTIAN.

CRISTIAN. *(Yendo á la ventana, y escuchando.)* ¡Ahl.... ¡Qué música tan alegre!

ENRIQUE. *(Mirándole.)* ¡Muy bien!

CRISTIAN. *(Con una rosa en la mano.)* ¡Qué haces aquí?

ENRIQUE. ¡Cómo, señor! ¡No traéis vuestro uniforme ni vuestras armas, y estan bajo los balcones vuestros soldados dispuestos para la revista!

CRISTIAN. ¡En medio del dia.... con un sol tan ardiente! ¡Ahl! ¡Deben tener los infelices mucho calor!

ENRIQUE. ¡Qué importa! Ese es su oficio y.... el mio; pero en la víspera de vuestra mayoría nos habeis prometido asistir á una revista, que es la primera....

CRISTIAN. Es verdad; pero me siento malo.

ENRIQUE. Es igual, señor; es igual. Ellos desean maniobrar una vez delante de vuestra magestad.

CRISTIAN. ¿Y tú crees que eso será bonito?

ENRIQUE. ¡Soberbio!.... ¡Un ejercicio de fuego!

CRISTIAN. *(Vivamente.)* ¡Ay... qué miedo!.... ¡Qué miedo!

ENRIQUE. ¿Y por qué?

CRISTIAN. No sé, no te lo puedo decir; pero esto me ataca á los nervios y me hace mal. ¿Qué quieres?.... Es superior á mí.

ENRIQUE. *(Aparte con rabia.)* ¡Dios mio, Dios mio!.... *(Alto.)* ¡Y vuestros soldados que estan ahí... ¿Qué se ha de hacer?

CRISTIAN. ¡Bien... bien!... ¡Voy á verlos! *(Corre á abrir la ventana del fondo, y se oye gritar desde fuera ¡VIVA EL REY! Cristian mira hacia fuera, y dice volviéndose hacia Enrique.)* ¡Esto es soberbio!.. ¡Qué uniformes mas bonitos... y cuántas bayonetas!.. Con tal que no se hagan mal y no se hieran... *(Enrique hace un gesto de impaciencia.)* Bien... amigos míos... No os fatiguedis mas... *(Los saluda con el ramo de flores.)* ¡Volved á vuestros cuarteles, y conservaos para mejor ocasion!

ENRIQUE. (*Lanzándose á la ventana que el rey acaba de dejar, y gritando á toda voz.*) ¡Para la primer batalla, á la que nuestro jóven rey os conducirá por sí mismo!

TODOS. (*Desde fuera.*) ¡Viva el rey!

CRISTIAN. (*Aparte.*) ¡Qué les habrá dicho!

ENRIQUE. (*A toda voz.*) ¡Nosotros somos, amigos míos, los que impedimos á su magestad que salga! ¡Pero tranquilizaos... su herida no es nada!

TODOS. (*Fuera.*) ¡Viva el rey!

CRISTIAN. (*Asustado.*) ¡Mi herida! ¿Qué significa esto? ¿Esas alusiones que he leído esta mañana en las gacetas, ese lenguaje con que se habla, y del cual no entiendo nada?...

ENRIQUE. (*Vivamente y á media voz.*) ¡Perdon, señor, perdon!... ¡Es un secreto que morirá conmigo!...

CRISTIAN. Cualquiera que él sea, yo debo conocerlo.

ENRIQUE. Pues bien, señor: vuestro difunto padre, de quien yo tenía el honor de ser paje, y que á pesar de mis pocos años me trataba como á un amigo... como á un próximo pariente, porque yo me acercaba algun tanto á vuestra real familia; vuestro padre me dijo en su lecho de muerte: «Enrique, ¿velarás siempre por mi querido hijo, le defenderás contra todos los peligros que le amaguen, y si fuere preciso, te dejarás matar por él?—¡Sí señor, dije!..»

CRISTIAN. (*Con emocion.*) ¡Qué buen corazón!

ENRIQUE. Pues bien... se presentó una ocasión de cumplir este juramento... y no quise dejarla pasar.

CRISTIAN. ¿Qué decís? ¡Acabad! ¡Un rey debe saberlo todo!

ENRIQUE. (*Con embarazo.*) Vuestra magestad amaba á aquella hermosa condesa...

CRISTIAN. ¿Cuál?

ENRIQUE. La condesa de Woldemar..... que os agradaba tanto.....

CRISTIAN. ¡A mí! ¡Al contrario!

ENRIQUE. En fin, ¿vos la amáis?

CRISTIAN. ¡De ningún modo!

ENRIQUE. ¿Cómo es eso? Pues así se decía...

CRISTIAN. Pues se equivocaban.

ENRIQUE. No obstante, el conde de Thericoff... ¡un extranjero, un ruso, os la ha robado!

CRISTIAN. ¡Tanto mejor!

ENRIQUE. ¡Tanto peor... porque él se vanagloriaba con una afectación que producía el mas pésimo efecto!.. Vos no sa-

biais nada, pero yo... yo hubiera querido mejor que fuese una querida mia, porque estaba furioso por vos!..

CRISTIAN. ¡Cómo, caballero!..

ENRIQUE. Tranquilizaos, señor... fuí la prudencia misma. El conde ha recibido de vos un honor de que debe estar orgulloso... y del cual se ha mostrado digno... La invitacion de pasar en secreto y sin testigos á vuestro terrado... la última noche, y por medio de un pliego, como se usa en Dinamarca.....

CRISTIAN. ¡Cielos!

ENRIQUE. Nada se veia á dos pasos... mas que el hierro de las espadas; la suya no habia hecho mas que tocar ligeramente mi muñeca, mientras que la nuestra...

CRISTIAN. (*Vivamente.*) ¡La nuestra? ¡Qué...

ENRIQUE. ¡Nada de peligro!.. Vuestros criados, á quienes yo habia enviado por orden vuestra cerca de él, lo han trasportado á su habitacion, y como yo lo esperaba, han guardado tan perfectamente el secreto de este lance, que esta mañana todo el mundo hablaba de él.

CRISTIAN. ¡Imprudente! ¿Y si os hubiese herido..... muerto acaso?

ENRIQUE. ¡Era por vos, señor!

CRISTIAN. (*Con temor.*) ¡Qué miedo! (*Alto.*) Y ocupar asi mi lugar...

ENRIQUE. Conozco vuestra cólera... pero una estocada de mano de vuestra magestad convenia tanto en las circunstancias en que nos hallamos!... Baste decir que vuestros soldados estan locos de alegria, y vuestros enemigos aturridos.

CRISTIAN. ¡Bien, bien! ¡No puedo esplicarte lo que siento en este instante! Me anima el reconocimiento, y al mismo tiempo estoy turbado y furioso.

ENRIQUE. Todo lo conozco, señor.

CRISTIAN. Escucha, Enrique, el modo estraño con que te has elevado. El viejo conde de Holstein, tu padre, primer ministro y presidente del consejo de regencia, venia todas las mañanas á tomar mis órdenes, ó mejor dicho, á darme las suyas. El resto del tiempo de mi vida se deslizaba solitaria y triste... encerrado en este antiguo recinto que mi padre ocupó antes de mí, y que temblando por mis dias, tenia tanto miedo, que apenas podia verte... á tí, mi único amigo.

ENRIQUE. ¿No me engañais, señor?

CRISTIAN. No. Despues de esta época, despues de mi infan-

cia, mi inclinacion hácia tí no se parecia á ninguna otra afeccion... Yo tenia necesidad de tí... Tu vista me tranquilizaba... y tu ausencia me dejaba solo, en medio de la multitud... ¡Tengo tan pocos amigos!... Aunque no siempre estoy satisfecho de tí, hay momentos en los cuales deseo verte, á pesar de que estoy encolerizado contigo.

ENRIQUE. En los momentos en que oso contradecir á vuestra magestad...

CRISTIAN. No... Esos te los perdono, y frecuentemente te los agradezco. Otras veces...

ENRIQUE. ¿Cuáles?

CRISTIAN. No sé... Esto sucede en algunos momentos de humor extraño, inesplicable... de los que ni yo mismo puedo darme cuenta... A poco las lágrimas acuden á mis ojos... Sin duda son ocasionadas por haberme enfadado sin razon contigo. Ultimamente, por ejemplo, cuando has querido ser yerno de mi tia la duquesa de Oldemburgo, me pareció que esto era mal hecho, que era una ingratitud el querer separarte de mí...

ENRIQUE. Todo el mundo se empeñaba en casarme; y yo que á nadie he amado hasta ahora, dije: si ha de ser, sea con la hija de la duquesa, que á lo menos es linda.

CRISTIAN. ¿Lo crees así? Pues á mí no me lo parece.

ENRIQUE. Por fortuna, y á pesar de vuestras instancias, señor...

CRISTIAN. La duquesa no ha querido.

ENRIQUE. Ella tenia colocadas sus miras en vuestra magestad y su hija...

CRISTIAN. Sí; pero yo..... á mí no me instan como á tí, y he rehusado enérgicamente; y cuando me acusan de ser aun niño... de no tener energía... ni valor... se engañan, ya lo has visto. Para defender la memoria de mi padre, para hacer respetar lo que es justo, para proteger á mis amigos, y á tí sobre todos, yo no tiemblo jamás; y allí sobre ese trono, que es mio, yo sabria morir!

ENRIQUE. (*Con entusiasmo.*) ¡Bien!

CRISTIAN. Y no obstante esto, por efecto de una debilidad que en vano procuro vencer... la idea de combates, de efusion de sangre... el aspecto de las armas me inspiran una turbacion que... casi no me atrevo á confesártela! (*A media voz.*) ¡Entonces tengo miedo!

ENRIQUE. ¡Silencio... Silencio!

CRISTIAN. Mas que tú mismo me indigno y enfurezco yo con-

tra mí... ¡Pero qué quieres! Es cosa independiente de mi voluntad. Yo no puedo amar ni la caza, ni las batallas, ni los ejercicios violentos que forman tus delicias... Mi felicidad es el estudio; mis placeres, la música, la pintura, las flores...

ENRIQUE. ¡Por Dios, señor, no me digais eso! Podrá llegar el día en que sea forzoso luchar y combatir... Mañana, tal vez, los partidos podrán levantar la cabeza: por otra parte, ese conde de Gottorp, vuestro tío...

CRISTIAN. En efecto, ese era el enemigo mortal de mi padre y el mio. Ya lo sé. Atenta á mi trono y á mis dias... Por eso está desterrado. Pero todos los grandes del reino estan por mí; el presidente del senado me lo decia esta mañana.

ENRIQUE. ¡No os fieis de él!

CRISTIAN. Pero su mäger la duquesa de Oldemburgo...

ENRIQUE. ¡Desconfiad tambien de ella, señor!

CRISTIAN. ¿Porque he rehusado la mano de su hija? ¡Apenas he ascendido al trono, y ya debo vivir en medio de la desconfianza, y rodeado de traiciones! ¿Y tú, Enrique, me abandonarás alguna vez?

ENRIQUE. ¡Yo abandonaros, señor! No quiero hablaros ahora de mi honor ni de mi deber; porque solo en vuestra inespereincia, en vuestra juventud, en vuestro mismo temor y... ¡qué sé yo! Encuentro en vos un encanto indefinible que me atrae hácia vos y me liga á vuestra causa. Despues de algunos años, ni un dia puedo pasar sin ver á vuestra magestad, y de todas mis pasiones yo creo que la primera sois vos, señor... Las demas estan colocadas en segunda línea... los caballos, las armas, el juego y... hasta las damas.

CRISTIAN. ¡Ah! ¿Te agradan las damas?

ENRIQUE. ¡Sí señor... mucho!

CRISTIAN. ¿Y á cual preferís?

ENRIQUE. ¡A todas! Y vuestra magestad debia de hacer lo mismo.

CRISTIAN. ¡De veras!

ENRIQUE. Cuesta muy poco hablar de amor...

CRISTIAN. Sin tenerle...

ENRIQUE. En la corte se da crédito á todo.

CRISTIAN. ¡Ese proceder es indigno!

ENRIQUE. Yo, por nuestro propio interés, he estendido la voz de que este era el flaco de vuestra magestad; que teniais

ideas muy liberales, y que rota la cadena que hasta ahora os había ligado...

CRISTIAN. ¡Darme semejante reputación!...

ENRIQUE. Que yo justificaré seguramente; esto no es tan difícil como vuestra magestad imagina. Y... ved á Margarita, la bella jardinera... ¡Es tan linda!..

CRISTIAN. ¿Te lo parece?

ENRIQUE. ¡Cómolo! ¿No lo habeis reparado?

CRISTIAN. ¡Jamás!

ENRIQUE. (*Aparte.*) ¡Esto es capaz de desanimar!..

## ESCENA VIII.

*Los precedentes, MARGARITA.*

ENRIQUE. De tí estaba hablando, Margarita. (*Cristian se aleja, y va á sentarse junto á una mesa, á la izquierda.*)

MARGARITA. Ese es mucho honor para mí.

ENRIQUE. (*Aparte.*) A ver si puedo lograr... (*Alto á Margarita.*) Estaba diciendo que en toda la corte no hay nada mas lindo y gracioso que tu cara, aunque tan sencilla y modestamente adornada.

MARGARITA. ¡Sois muy buenol

ENRIQUE. No; pero soy justo... equitativo, y sé apreciar el mérito. (*Mirando de soslayo al rey.*) No falta quien no sabe distinguirle; pero yo... yo procuro hacer honor á la belleza y á la virtud en cualquier rango en que esten colocadas.

MARGARITA. ¡Eso os honra, señor conde!

ENRIQUE. Es natural en mí. Dos bellos ojos no tienen menos mérito porque los posea una persona que no pertenece á la nobleza. (*La coge la mano.*)

CRISTIAN. (*Se acerca con impaciencia.*) ¡Qué haceis, caballero?

ENRIQUE. (*Aparte á Cristian.*) Lo hago por vos solamente, para que os sirva de objeto de estudio.

CRISTIAN. (*Con cólera, y viendo que Enrique hace demostracion de abrazar á Margarita.*) ¡Basta de estudio!

ENRIQUE. (*Aparte á Cristian.*) Apenas se ha comenzado la lección...

CRISTIAN. Es igual; porque os prohibo continuarla... y hasta

que dirijais la palabra á esa jóven, sobre cuya seguridad debo yo velar... ó si no...

ENRIQUE. (*Aparte y sonriendo, á Cristian.*) Muy bien, señor; esto me prueba que tomáis el gusto á la lección... porque entreveo estais celoso de la bella Margarita.

CRISTIAN. ¡Yo... celoso!.. ¡Dejadmel.. (*Alto á Margarita.*)  
¡Vos tambien al instantel

MARGARITA. ¡Cómo, señor!

CRISTIAN. ¡Salid los dos; ya lo he dicho! Pero no juntos. (*A Margarita, á quien detiene de la mano.*) Quédate tú.

ENRIQUE. (*Aparte.*) ¡Comprendel.. ¡Quiere estudiar solol

### ESCENA IX.

CRISTIAN, *que acaba de arrojarle sobre un sillón, á la derecha;*  
MARGARITA *delante de él;* ENRIQUE, *que va á salir por la*  
*puerta del fondo, y encuentra al DUQUE DE OLDENBURGO,*  
*que entra cuando va á salir aquel.*

ENRIQUE. ¡Monseñor el duque de Oldemburgo!

DUQUE. Que viene á nombre del senado y de la cámara de los Estados.

ENRIQUE. El momento no es muy oportuno, porque el rey está hablando con la favorita.

DUQUE. ¿De veras?

ENRIQUE. ¡Ha habido una escena de celos... escena borrascosal.. porque nuestro jóven rey, sin que él lo conozca, tiene las pasiones vivas... el carácter violento... Es muy impresionable...

DUQUE. Comprendo... Querrá estar solo... Yo conozco lo que conviene... (*Se aproxima al rey, que está sentado junto á la mesa de la derecha, y le saluda.*) ¡Señor!..

CRISTIAN. (*Se levanta bruscamente del sillón.*) ¿Quién es?

DUQUE. ¡No se enoje vuestra magestad! Aunque vengo en nombre de la cámara, omitiré el discurso de fórmula.

CRISTIAN. ¡Está bien!

DUQUE. (*Mirando á Margarita.*) Conozco demasiado la gravedad é importancia de las ocupaciones de vuestra magestad. El difunto rey, vuestro padre, de gloriosa memoria, depositó poco antes de morir en los archivos del senado este paquete, sellado con sus reales armas, con orden expresa

de no entregarle á nadie , sino á vuestra magestad , á vos solamente , y en la víspera del día en que debiais salir de la menor edad. Hoy es precisamente el día señalado ; mañana debéis ser proclamado rey ; y hé aquí por que el senado , en mi calidad de presidente , me ha confiado el honor de entregar á vuestra magestad este precioso depósito , que debe contener la última voluntad de vuestro augusto padre.

CRISTIAN. (*Tomando el papel con emoci3n y respeto.*) ¡Está bien! (*Se dirige á la mesa, se sienta, y queda sumergido en sus meditaciones.*)

DUQUE. (*Saluda.*) Con vuestro permiso , señor. (*Sale seguido de Enrique.*)

### ESCENA X.

CRISTIAN *con la cabeza apoyada sobre una mano, reflexionando.* MARGARITA.

MARGARITA. (*Mirando al duque, que se aleja de puntillas.*) Me manda que me quede... ¿Qué me querrá? Debe ser algun asunto importante. (*Se aproxima tímidamente á Cristian.*) ¡Señor!

CRISTIAN. (*Con impaciencia.*) ¿Qué quieres?

MARGARITA. ¿Qué tiene vuestra magestad que decirme?

CRISTIAN. ¡Yo... nada!

MARGARITA. ¿Como habeis impedido que me marche!

CRISTIAN. ¡Ah... es verdad!

MARGARITA. ¿Y por qué, señor?

CRISTIAN. Porque no era decoroso para tí, ni sería agradable para tu prometido , del cual me has hablado, el que te viese todo el mundo con el conde de Holstein , mi capitán de guardias.

MARGARITA. ¡Es cierto!

CRISTIAN. Ahora haz lo que quieras..... con tal de que me dejes.

MARGARITA. ¡Sí señor... sí señor! (*Aparte.*) Esto no merecia la pena de hacer tanto misterio. (*Alto.*) Voy á terminar mi obra...

CRISTIAN. Como quieras; pero vete.

MARGARITA. (*Aparte.*) Esto me agrada, porque dentro de poco vendrá Daniel y podré esperarle. (*Saluda, y entra en el cuarto de la derecha.*)

## ESCENA XI.

CRISTIAN solo, junto á la mesa, contempla algun tiempo con respeto el sobre del pliego que tiene en la mano.

¡Es de mi amado padre! *(Le lleva á sus labios; y despues de un momento de duda rompe el sobre y lee.)* ¡Acaso en este pliego se rompa el secreto! *(Lee.)* «Mi muy querido hijo: »cuando leas esta carta estarás fuera ya de los peligros que »amenazarán tus primeros años, y habrás llegado, á una »edad en que podrás apreciar las graves circunstancias en »que te dejo, y sabrás tomar el partido mas conveniente. »Antes de tu nacimiento el legítimo heredero de la corona »era el conde de Gottorp, tu tío, á quien su mal carácter y »pérfidos pensamientos le hacian indigno de subir al tro- »no: dejarle el poder, era igual á consentir el deshonor y »ruina del pais. En estas circunstancias viniste al mun- »do tú, mi único heredero: asi Dios me perdone, como »he creido servir á mi patria y á mis pueblos, antes que á »mis propios intereses, segun el consejo de mi primer mi- »nistro, el anciano conde de Holstein. El solo y la duquesa »de Offembach, tu aya, poseen el secreto; y como la ley »del reino, la ley Sálica, excluye... *(Suena música dentro.)* ¡Cielos!... ¡Es posible!... *(Recorriendo en voz baja y con agitacion el fin de la carta.)* ¡Es posible!... ¡Acaso perderé el trono!... *(Figura llegar al fin de la carta.)* ¡Dios mio!... *(Da un grito, deja caer la carta, y se desmaya sobre el sillón en que estaba sentada.)*

## ESCENA XII.

CRISTIAN desmayado, MARGARITA, que sale corriendo.

MARGARITA. ¿Qué grito he oido?... ¡Ah! ¿Qué veo? *(De rodillas junto al sillón.)* ¡Señor... señor... volved en vos!... ¡Soy yo... Margarita... que daría su vida por salvar la vuestra!... ¡Dios mio... Dios mio! ¿Qué ha pasado aqui... ¡Señor... señor!... Pero este papel... Le llevaré al conde de Holstein, y... *(Margarita, siempre de rodillas, mirando el papel que*

*tiene en su mano; en tanto va volviendo en sí Cristian. Abre los ojos, mira á su alrededor, y ve á Margarita con el papel en la mano.)*

MARGARITA. (*Asombrada.*) ¡Dios del cielo! ¿Qué quiere decir esto?

CRISTIAN. (*Se levanta, y arranca el papel de manos de Margarita.*) ¡Desgraciada!

MARGARITA. (*Asustada.*) ¡Ah!

CRISTIAN. ¿Qué has hecho?

MARGARITA. ¡Perdon, perdon!

CRISTIAN. ¿Has leído lo que dice este escrito?

MARGARITA. Sí señor; ó mas bien se. . .

CRISTIAN. ¡Silencio!

MARGARITA. (*Con las manos juntas.*) Lo he leído todo sin saber lo que hacia.

CRISTIAN. ¿Y has penetrado tal secreto?

MARGARITA. ¡Permanecerá encerrado en mi pecho! ¡Os lo juro! ¡Y antes que arrancarme una palabra, me dejaré matar!

CRISTIAN. (*La levanta.*) Te creo, te creo: levántate. (*Haciéndola señal de que calle.*) ¿A nadie, lo entiendes?

MARGARITA. ¡Primero morir! ¡Dios, vuestra magestad y yo! ¡Nadie mas!

CRISTIAN. Yo ya lo sabia; me lo habia revelado mi aya la duquesa de Offembach; pero ignoraba los motivos que obligaban á guardar este secreto, hasta que he visto en la carta de mi querido padre que, por lo menos, podia costarme el trono indudablemente. La duquesa me atemorizó; y me decia continuamente que si queria reinar, si queria conservar la vida, á nadie, á nadie lo revelase... Hé aqui la causa de mi timidez, del miedo indigno de un soberano. Pero... ¿por qué late tan apresuradamente mi corazon?

MARGARITA. ¡Porque...

CRISTIAN. ¡Cállate! No quiero preguntarte nada... nada quiero saber. ¡Ah! ¡Qué feliz eres, Margarita!

MARGARITA. ¡Yo!

CRISTIAN. ¡Sí! ¡Tú estás exenta de cuidados, no tienes por qué fingir, ningun temor te sobrecoge, ningun peligro te amenaza!... ¡Yo... ni aun puedo demostrar lo que soy!

MARGARITA. ¡Vos!

CRISTIAN. ¡Si vieras qué idea tan estraña se ha apoderado de mi imaginacion!

MARGARITA. ¿Cuál es pues?

CRISTIAN. Amiga mia, tú que eres la única persona á quien puedo confiarme, de tí depende el hacerme un favor, el mas esencial, el mayor en este instante... quisiera mudarme de traje... por un momento.

MARGARITA. Os comprendo: nada es mas fácil.

CRISTIAN. ¡Pero cuidado! ¡La menor imprudencia nos perderia: si descubriesen... ¡ah, peligraria mi trono y tal vez mi vida!

MARGARITA. ¡Oh, no penseis asi!

CRISTIAN. A pesar de todo, quiero cumplir mi deseo: pero aqui en mi cámara es imposible.

MARGARITA. Entonces en mi habitacion, que da á los jardines de palacio.

CRISTIAN. Tienes razon. Vamos.

MARGARITA. (*Deteniéndola.*) ¿Estais bien seguro de que... no hay equivocacion?

CRISTIAN. Ven pues; no temas.

MARGARITA. Entonces no tengo inconveniente en ayudaros.

CRISTIAN. (*La abraza.*) ¡Eres encantadora!

(*En este momento aparece Daniel por la puerta del fondo. Viendo que el rey ha abrazado á Margarita dice*)

DANIEL. ¡Ah!

CRISTIAN. (*Cogiéndola de la mano.*) Sígueme, sígueme á mi cámara. (*Salen por la derecha.*)

### ESCENA XIII.

DANIEL, despues la DUQUESA.

DANIEL. (*Entra por el fondo.*) ¡Ah! Bien claro lo he oido..... No ha dicho vete, sino ven... Esta es una horrible traicion. ¡Es un horror!... Le mataré.

DUQUESA. (*Que entra muy de prisa por el fondo.*) ¿A quién?

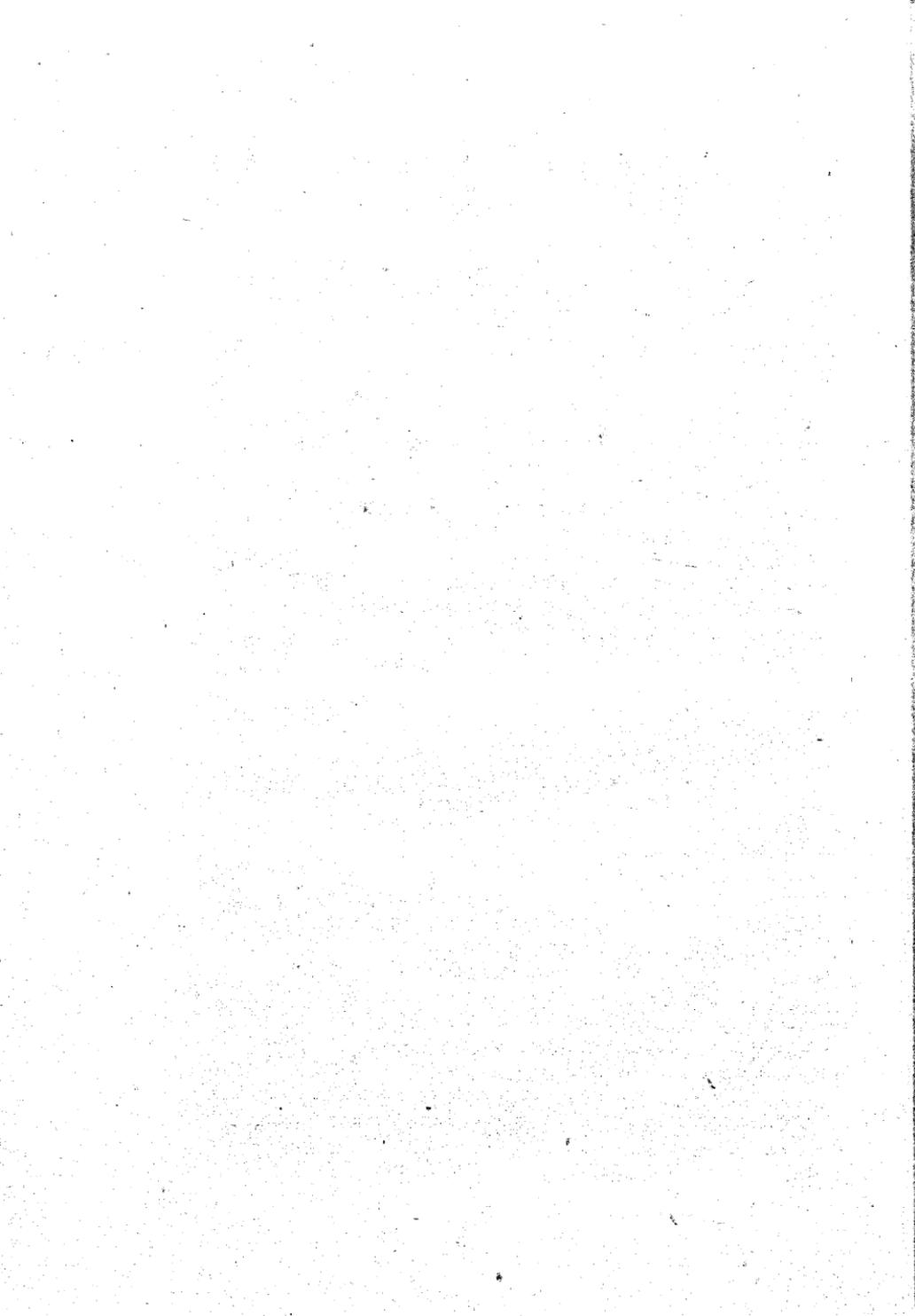
DANIEL. (*Con furor.*) ¡Al rey! (*Conteniéndose.*) ¡No!... ¡Qué es lo que he dicho!

DUQUESA. ¡No he entendido nada!

DANIEL. ¡Pero... señora!...

DUQUESA. (*Cogiéndole de una mano, y llevando un dedo de la otra á sus labios.*) ¡Silencio! ¡No te separarás ya de mí!

FIN DEL ACTO PRIMERO.



---

---

## ACTO SEGUNDO.



El teatro representa uno de los jardines de palacio, al lado de la habitación de la jardinera. — Puertas vidrieras grandes al fondo, que dan á los jardines. — Puertas á derecha é izquierda; las tapias estan entapizadas de yedra: flores, plantas exóticas y vasos etruscos se agrupan por todas partes. — A la izquierda un gran espejo rodeado de enredaderas, y á la derecha frente del espejo la puerta del cuarto de Margarita, igualmente rodeado de verdura el quicio.

### ESCENA I.

*Al alzarse el telon DANIEL entra colérico por la puerta vidriera.*  
DANIEL. ¡Allí está... segun me han dicho! *(Se dirige á la puerta del cuarto y llama fuertemente.)*

MARGARITA. ¿Quién es? *(Responde desde dentro.)*

DANIEL. ¡Soy yo... señorita... Daniell... ¡Abrid, abrid!

MARGARITA. *(Abre la puerta rápidamente, sale, cierra muy de prisa y quita la llave.)* ¡Dios mió! ¿Por qué vienes á llamar á la puerta de mi cuarto con semejante estrépito?

DANIEL. *(Paseándose con agitacion.)* ¿Por qué... ¡Y me pregunta por qué!

MARGARITA. Ten cuidado de no hacer tantos aspavientos con los brazos, no vayas á hacer añicos los espejos ó los vasos de flores... porque has de advertir que te encuentras en los jardines de palacio, en los cuales no se halla otra cosa que plantas raras y...

DANIEL. *(Con respeto.)* Eso es diferente.

MARGARITA. ¡De seguro no existe una persona mas extraordinaria! ¡Al momento te remontas á las estrellas!

DANIEL. ¡A las estrellas!... ¿Y qué tiene eso de extraño? ¿Sabéis que yo lo he visto... lo he visto por mis propios ojos?

MARGARITA. ¿El qué?

DANIEL. ¡Friolera! ¡Que os he visto en los brazos del rey!

MARGARITA. Y bien... ¿qué?

DANIEL. ¡Nadal... Que he visto que le seguiais cuando iba á recogerse á su cámara... y no dijo vete, como vos me deciais, sino ven.

MARGARITA. Pero ¿y qué prueba todo eso?

DANIEL. ¡Cáspital... Y vos, que me habiais hecho creer.... porque creeros es mi existencia, me habiais persuadido de que no amabais al rey, sino á mí, únicamente á mí! ¡Habladme claro, Margarita!

MARGARITA. Te repito, Daniel, que á nadie amo sino á tí. (*Mirándole con ternura.*) ¿Lo dudas aun?

DANIEL. ¡No! Es decir... yo no quiero otra cosa que persuadirme... pero explicadme solamente...

MARGARITA. (*Picada.*) ¿Que te explique?...

DANIEL. Sí.

MARGARITA. ¡Pardiez, señor mio, que tendreis gran mérito en creerme, si os presento pruebas evidentes y tan claras como la luz del dia! ¡Vaya una prueba de confianza y de estimacion! Cuando se ama de veras, señor Daniel, se dice: «Yo lo he visto, lo he visto por mis propios ojos; pero ella »dice lo contrario, y sin duda me he engañado.» Hé aqui el verdadero amor... al menos yo no conozco otro.

DANIEL. Así es el mio precisamente; y la prueba es que estoy devanándome los sesos para justificarte; pero... sin llegar al fin... porque todo se me vuelve buscar y rebuscar la razon que el rey pudo tener para abrazarte... ¡Qué diantrel... ¡Como no fuera por razon de Estado!

MARGARITA. Estoy obligada á callar, y esto, Daniel, nos conviene á ambos... Tales son las órdenes terminantes que he recibido, y... son órdenes del rey!

DANIEL. ¡Válgame Dios! Sí, yo las respeto; pero sin faltar á ellas, puedes decirme al menos... porque he venido espresamente para interrogarte.

MARGARITA. (*Aparte.*) Bueno es enterarse.

DANIEL. ¿Puedes decirme al menos de dónde vienes? En esto no hay la menor indiscrecion.

MARGARITA. Y si te hago yo la misma pregunta, ¿qué me responderás?

DANIEL. Te diré... que vengo de casa de una gran señora... de la duquesa de Oldemburgo.

MARGARITA. ¿De veras?

DANIEL. Pero en esto no hay peligro ninguno... Mientras que tú... Y si no espícame solamente...

MARGARITA. Ahora no se trata de mí, señor mio; se trata solamente de que me digais qué habeis ido á hacer en casa de esa gran señora.

DANIEL. ¡Nadal Ella me llamó... á su palacio.

MARGARITA. *(Con desconfianza.)* ¡A su palacio!

DANIEL. ¡Para negocios de la mas alta importancia!

MARGARITA. ¿Cuáles?

DANIEL. Se me ha prohibido hablar.

MARGARITA. ¿Cuáles, repito?

DANIEL. Son asuntos que conciernen al rey. *(Se oye llamar á la puerta de la habitacion de Margarita.)*

MARGARITA. ¡Silencio!

DANIEL. ¡Aquí hay alguno escondido! *(Corre hácia la puerta.)*

¡Y está quitada la llave!

MARGARITA. ¡Silencio, te digo!

DANIEL. *(Junto á la puerta.)* ¡Si será el rey!

MARGARITA. *(Aparte.)* ¡Dios miol *(Alto.)* ¿Y crees...

DANIEL. *(Mirando por la cerradura.)* ¡Es una jóven!

MARGARITA. Alguna de mis compañeras...

DANIEL. Está delante de un espejo.

MARGARITA. Pero ¿qué te importa?... ¿Qué miras?

DANIEL. No es posible conocer quien es; pero os aseguro que es una jóven. *(Llaman de nuevo.)*

MARGARITA. Anda, Daniel; espérame en la orila del canal, y me revelarás ese importante secreto.

DANIEL. Me está prohibido hablar.

MARGARITA. Es que yo lo exijo.

DANIEL. Esperaré, aunque solo sea por veros. *(Daniel sale por la puerta del fondo.)*

## ESCENA II.

MARGARITA, que va á abrir la puerta; CRISTIAN, que no se ha vestido aun completamente, en traje de muger.

CRISTIAN. Ven, Margarita, ven en mi auxilio... Como tengo la costumbre de vestirme de otro modo...

MARGARITA. Héme aquí, señor.

CRISTIAN. Sea en buen hora, porque yo no me reconozco.

MARGARITA. Pues es admirable lo bellissimo que estais con ese traje... Parece que habeis vestido de señora toda vuestra vida.

CRISTIAN. ¿De veras?

MARGARITA. (*Señalando un espejo.*) Miraos; y entre tanto, señor... quiero decir, señora, dejadme que os coloque este corazon y esta cruz de oro... que son mis mejores halajas.

CRISTIAN. (*Mirándose al espejo.*) ¡Ah! Las aprecio mas que si fueran las joyas de la corona.

MARGARITA. Y yo tambien; porque el que las use su magestad es demasiado honor para mí, y para ellas. Pero hablando de lo que mas importa, debo ausentarme para ir á encontrar á una persona, de la cual debo adquirir el conocimiento de un importante asunto que concierne al rey.

CRISTIAN. ¡Qué dices!

MARGARITA. Lo sabré todo, y...

CRISTIAN. Vuelve pronto: te espero.

MARGARITA. Pero ¿qué vais á hacer en tanto?

CRISTIAN. Tranquilízate. (*Enseñando el espejo.*) Me entretendré en mirarme.

MARGARITA. ¡Es asunto que debe ocupar mucho! (*Saluda y sale por la puerta del fondo.*)

### ESCENA III.

CRISTIAN.

¡Al fin respiro! Me parece que salgo de una prision, ó que vengo de un destierro y vuelvo á mi verdadera patria. ¡Ah! ¡Cuánto mas divertido es ser muger que ser rey! (*Con alegría.*) Veamos aun... (*Se mira al espejo.*)

### ESCENA IV.

CRISTIAN *delante del espejo.* ENRIQUE *entra por la puerta del fondo.*

ENRIQUE. Sí, yo sabré de la jardinerita cuanto su magestad la ha dicho. (*Mirando.*) ¡Holal! ¡Aqui hay una jóven... y no parece Margarita! (*Se aproxima muy despacio.*)

CRISTIAN. Me parece que no es malo este talle.

- ENRIQUE. (*Por detrás coge con la mano derecha el talle de Cristian.*) ¡No es malo en efecto, según mi parecer!
- CRISTIAN. (*Volviéndose con viveza y enojo.*) ¡Caballero! (*Reconoce á Enrique.—Aparte.*) ¡Dios mío!
- ENRIQUE. (*Inmóvil de sorpresa.*) ¡Ah! ¿Qué es lo que he visto?  
¡No sé si estoy despierto!
- CRISTIAN. (*Aparte.*) ¡Qué audaz!
- ENRIQUE. (*Asombrado.*) ¡Tal semejanza confunde mi razón! ¡Es el mismo semblante del rey!
- CRISTIAN. ¡Silencio, caballero oficial; no me hagais traición!
- ENRIQUE. (*Aparte, siempre con asombro.*) ¡También es su voz! Si acaso el difunto rey... ¡Es posible! (*Alto.*) ¿Sois pariente de Cristian, nuestro joven soberano?
- CRISTIAN. (*Con viveza.*) Sí señor... y muy próximo... Cristina, su hermana...
- ENRIQUE. ¿Hermana natural?...
- CRISTIAN. (*Con viveza.*) Precisamente.
- ENRIQUE. ¡Nuestro joven rey jamás me habló de vos!... ¿No os conoce? (*Aparte.*) Aquí hay algún misterio... porque... parece el mismo rey...
- CRISTIAN. No me conoce el soberano, caballero; es decir, hoy ya sabe que existo por los papeles que le ha remitido el senado...
- ENRIQUE. Ya estoy... papeles pertenecientes al difunto rey... su testamento. Mi padre me habló de ellos; y nuestro joven rey, de quien conozco perfectamente el corazón, ha debido correr al instante á abrazaros.
- CRISTIAN. (*Sonriendo.*) ¡Abrazarme!... ¡Caballero, no es posible que el rey me abrace!
- ENRIQUE. ¡No es posible!... ¿Cómo?
- CRISTIAN. El rey no puede encontrarse conmigo, por razones...
- ENRIQUE. ¡Políticas!
- CRISTIAN. Y cuando el rey está dentro de palacio, me está vedada á mí la entrada en este.
- ENRIQUE. ¡A su hermana!... Ya comprendo. ¿Y vos habeis tomado este disfraz para penetrar en palacio y ver á vuestro hermano?
- CRISTIAN. Es posible...
- ENRIQUE. Pues bien: dignaos poner en mí vuestra confianza, y bajo la salvaguardia de mi honor...
- CRISTIAN. Pero... caballero...

ENRIQUE. ¿Aceptais? ¡Qué felicidad! Venid... Voy á conducirlos derechamente á la cámara del rey.

CRISTIAN. ¡Dios mío!

ENRIQUE. No temais nada. (*Aparte.*) He de cerciorarme de lo que presumo. (*Alto.*) ¡Es tan bueno para mí... me ama tanto, y sería yo tan dichoso en abogar por vuestra causal...

CRISTIAN. ¡Sin conocerme!

ENRIQUE. ¿No sois hermana de mi soberano?

CRISTIAN. Ciertamente..... Pero como es la primera vez que me veis...

ENRIQUE. En eso os engañais.

CRISTIAN. (*Asustada.*) ¡Cómo!

ENRIQUE. (*Aparte.*) Creo que no me equivoco. (*Alto.*) Desde la infancia de nuestro rey Cristian, jamás me aparté de su lado; ¡y se parece á vos de tal modo!...

CRISTIAN. ¿De veras?

ENRIQUE. No podeis formaros una idea exacta, puesto que jamás le habeis visto. Pensad que he consagrado á él mi vida, y me he habituado á amarle de suerte, que sería muy difícil, por no decir imposible, que *otro él* me fuese indiferente, y que su mismo rostro no escitase en mí los mismos sentimientos... sobre todo cuando el objeto que me le recuerda es una dama, y... tan encantadora!

CRISTIAN. ¡Yo!

ENRIQUE. ¡Perdonadme si os he ofendido!

CRISTIAN. No señor; pero las palabras que habeis dicho...

ENRIQUE. ¿Estais admirada de haberlas oido?

CRISTIAN. Puedo juraros que es la primera vez que las oigo iguales.

ENRIQUE. (*Con galanteria.*) Entonces soy yo el primero que ha tenido el gusto de veros.

CRISTIAN. Es muy posible, porque hasta ahora... yo misma no me habia visto... en la especie de prision en que he estado encerrada...

ENRIQUE. ¡Habeis estado prisionera! ¡Eso es horrible!... ¡Tan jóven, tan linda, y ya tan desgraciada... es una indignidad! Yo le diré al mismo rey que esa es una injusticia, y que si se trata de oprimiros, yo me constituiré en vuestro defensor. Concededme este privilegio, que será para mí una verdadera dicha.

CRISTIAN. ¡Dispensadme! Pero el rey ha prohibido que se me proteja.

ENRIQUE. ¡Ese es un absurdo... una tiranía! Porque al fin á él es á quien yo defiendo y sirvo en vos.

CRISTIAN. ¿Qué quereis decir?

ENRIQUE. Digo que no puede impedir que yo defienda al débil y al oprimido, que sea vuestro caballero, y... lo seré: os lo juro por esta hermosa mano que oprimo entre las mias.

CRISTIAN (*Con dignidad.*) ¡Caballero, dejadme; os lo mandó! (*Aparte.*) No sé lo que en mí siento; pero creo que hoy comienza para mí una nueva existencia.

ENRIQUE. (*Tomando nuevamente la mano de Cristian.*) Aunque fuera al mismo soberano, sabría yo desafiar por defenderos, porque mi única dicha será vivir para vos!

MARGARITA. (*Entrando.*) ¡Qué es lo que miro!

ENRIQUE. (*Saliendo precipitadamente.*) ¡Margarita!

## ESCENA V.

CRISTIAN, MARGARITA.

CRISTIAN. ¿Qué te sucede? ¿Para qué gritas?

MARGARITA. ¡Cáspital! ¿Para qué grito... y veo al señor conde á los pies del rey... es decir, á los vuestros?

CRISTIAN. Calla, calla... Todo lo que acabo de oír, lo que me ha dicho... Pero no, él nada me ha dicho que pueda ofenderme, porque cree sin duda... el sonido de su voz, sus miradas no se dirigian al rey, sino á la desconocida y proscrita Cristina.

MARGARITA. Pues en tanto que vos habeis tenido ese agradable diálogo con el conde, yo he sabido cosas que me hacen morir de miedo.

CRISTIAN. ¿Por qué?

MARGARITA. Si supiérais...

CRISTIAN. ¿Pero qué sucede?

MARGARITA. Se trama un complot contra el rey...

CRISTIAN. Me es indiferente.

MARGARITA. Para obligarle á abdicar...

CRISTIAN. Sin querer aciertan á cumplir mis deseos. Esta corona que me ha legado mi padre, y que aun no está colocada sobre mis sienes, se retira de ellas; pero no por la voluntad de esos miserables, sino por razones harto mas poderosas que su complot, y que ellos ignoran. Pero... gra-

cias al Cielo, este es mi solo deseo... Quiero vivir dichosa y tranquilamente.

MARGARITA. ¡No es posible! Porque ellos, según se dice, quieren encerrar al rey en una prisión de Estado.

CRISTIAN. ¡Cómo! Lo sabrá impedir Enrique, mi fiel servidor, con sus valientes guardias.

MARGARITA. Ya saben ellos que es muy fiel al rey, y por eso quieren ganarle, elevarle y hacerle emparentar con ellos, casándole con la hija de la duquesa de Oldemburgo, que va á llegar al momento.

CRISTIAN. ¡Ese complot existe! ¡Y yo, que iba á renunciar voluntariamente al poder... ¡Jamás! Seguiré los consejos de mi querido padre, y llevaré adelante sus miras.

MARGARITA. ¿Y no teneis miedo?

CRISTIAN. ¡Es bien singular! Antes todo me intimidaba; pero desde que poseo los papeles que me entregó el presidente del senado, siento en mí una tranquilidad, una sangre fría, y..... sobre todo, una fuerza de voluntad, que... no me adormiré sobre los peligros que me rodean. Para mis adversarios es muy bella y fácil de jugar la partida; poca necesidad tienen de conspirar... Si descubriesen... ¡oh, me harían perder el trono en un instante, y... quizás mas que el trono! Pero si calculo los recursos que me quedan, creo que aun puedo correr el riesgo... pero no por la fuerza, sino por la intriga.

MARGARITA. Gente llega..... Son el duque y la duquesa de Oldemburgo.

CRISTIAN. ¡Evitemos su encuentro, ó todo se pierde! (*Salen por la habitación de la derecha.*)

## ESCENA VI.

*El DUQUE, la DUQUESA.*

DUQUESA. ¡Por favor, caballero, soségaos! ¡Es menester que tengais un poco de sangre fría! Con solo presentaros escitais sospechas.

DUQUE. ¿Lo creéis así?

DUQUESA. Creo que cualquiera puede advinar las ideas que os preocupan, y... es menester deslumbrar á todo el mundo, y tener á toda hora la sonrisa en los lábios.

DUQUE. No puedo: lo he ensayado en vano, y... ¡me es imposible! Considerad, señora, que no es lo mismo vivir con gran sosiego que conspirar.

DUQUESA. ¡Silencio!

DUQUE. (*Asustado.*) ¡Eh!... ¿Ocurre alguna cosa? ¿Nos oye alguien?

DUQUESA. No, caballero.

DUQUE. ¡Arrebatad al rey de su misma cámara! ¡Eso es muy espuesto!

DUQUESA. Nada es mas sencillo.

DUQUE. ¿Y si recela...

DUQUESA. No recelará nada.

DUQUE. ¿Y si el jóven capitán de guardias, que vela á toda hora, llega á descubrirnos y nos denuncia?... ¡Él, que es nuestro enemigo!

DUQUESA. Va á ser de los nuestros; le haremos nuestro yerno.

DUQUE. (*Aparte.*) ¡Ah, volvemos al principio!

DUQUESA. Vamos, caballero; tened un poco de valor. No descuideis vuestros intereses por una vil cobardía.

DUQUE. Mi verdadero interés consiste en no mezclarme en nada..... porque tengo una enfermedad nerviosa... Cuando alguna me habla, creo que me interroga; si alguno se aproxima á mí, creo que viene á arrestarme: este asunto me comprime el estómago de un modo, que... en fin, ya lo habeis visto: hoy no he podido almorzar, y es la primera vez que me sucede desde... desde que nací; y si esto se prolonga...

DUQUESA. ¡Bah! Esto no es mas que una partida que jugamos.

DUQUE. (*Con cólera.*) ¿Y para qué me poneis vos los dados en la mano, si yo no deseo otra cosa que comer y dormir con sosiego?

DUQUESA. Os colocó á la cabeza de una empresa, en la cual nada arriesgais, para aseguraros una posición mas bella y tranquila que la que actualmente teneis.

DUQUE. ¿Lo creéis así?

DUQUESA. No aparecereis sino despues del suceso.

DUQUE. (*Mas sosegado.*) ¿De veras?

DUQUESA. (*Escuchando.*) ¿Escuchais? Este jardín es el punto de reunión... Es Daniel, que viene en nuestra busca.

## ESCENA VII.

*Los precedentes y DANIEL, que entra por la izquierda recatándose.*

DUQUESA. ¿Qué novedades tenemos?

DANIEL. *(A media voz.)* ¡Poneos en salvo!... ¡Todo se ha perdido!

DUQUE. *(Asustado.)* ¡Válgame Dios!

DANIEL. ¿No deciais que era fácil arrebatarse al rey, que estaba solo en su cámara?

DUQUESA. A esta hora siempre.

DANIEL. Pues hoy no: ¡se ha marchado!

DUQUE. ¡Se descubrió el enredo!

DANIEL. Creyéndolo así mis compañeros, han tomado la huida; son perseguidos, y hé aquí todo descubierto.

DUQUE. ¡Qué os decía yo, señora! Vos lo habeis querido... ¡Comprometer una posición como la nuestra!

DUQUESA. *(Con impaciencia.)* ¡Nada hemos comprometido aun!

DUQUE. *(Con terror.)* ¡Estoy viendo ya la prisión, los jueces y el tribunal!

DUQUESA. ¡Caballero! Un poco de sangre fría, y tratad de conservar vuestra cabeza.

DUQUE. Precisamente no deseo otra cosa. Pero ¿por qué no está el rey en su cuarto, ni en palacio? Porque ha cogido el hilo, porque lo sabe todo, y... estamos perdidos, y...

DUQUESA. ¡Silencio! ¡Oigo su voz!

## ESCENA VIII.

*El DUQUE, la DUQUESA á la izquierda, el REY.*

DUQUESA. *(Siguiendo á Daniel, que se aleja, con la vista.)* ¡Maravillosamente! *(Bajo á su marido.)* ¡Por Dios, tratad de reponeros, y de ocultar ese aire de asustado que teneis!

DUQUE. *(Bajo á la duquesa.)* ¡Mi ánimo... voló!

DUQUESA. *(Idem.)* Tanto mejor para que no lo dejéis conocer en vuestra figura.

CRISTIAN. (*Fingiendo asombro; sale ahora.*) ¡Qué sorpresa!  
¿Qué os conduce á este sitio, mi querida tia?

DUQUE. (*Bajo á su muger.*) Mirad lo que respondeis.

DUQUESA. (*Sonriendo.*) Posee vuestra magestad los mas bellos jardines que pueden verse, y por eso he venido en busca de flores para un festin.

DUQUE. (*Aparte.*) ¡Recurso que... ni pintado! No me hubiera ocurrido otro tanto.

CRISTIAN. ¡Un festin!

DUQUE. Con el motivo plausible de un enlace, que no es ya imposible.

CRISTIAN. ¿El de Enrique?

DUQUESA. En el cual se interesa vuestra magestad.

CRISTIAN. Prohibo que se verifique.

DUQUESA. ¿Y por qué?

CRISTIAN. ¡Un enlace! ¡Un festin... cuando se trama un horrible complot!

DUQUE. (*Aparte asustado.*) ¡Dios me asista!

DUQUESA. (*Sonriendo.*) ¿De veras?

CRISTIAN. Sí... Esa corona que aun no poseo, dicen que van á arrebatármela, al mismo tiempo que la libertad... Vos no podriais jamás imaginar tal perfidia... ¿No es asi, querida tia?

DUQUESA. Ciertamente... Mas sin embargo, puedo deciros que estoy muy segura de que ese complot es cierto, porque... le conozco perfectamente.

CRISTIAN. ¡Es posible! (*Con tranquilidad y fingiendo asombro.*)

DUQUESA. (*Tranquilamente.*) Como que estoy á la cabeza de la conspiracion, igualmente que mi marido.

DUQUE. (*Aparte.*) ¡Santo Dios!... ¡Qué atrocidad!

CRISTIAN. (*Admirado.*) ¡Qué decis!

DUQUESA. Sí señor; nos hemos hecho gefes de la conspiracion... único medio de conocer esta con todos sus detalles y ramificaciones... Es una empresa desatinada, absurda, y de la cual ya hemos atado todos los hilos. En ella solo figuran marineros, artesanos, gentes sin posicion ni porvenir: querian arrebatarnos hoy de vuestro mismo palacio, y obligarnos á firmar la abdicacion... proyecto descabellado, con cuya noticia no hemos querido molestar la atencion de vuestra magestad: no obstante esto, y para alejar todo temor, lo sabiamos todo, y sobre todo velamos.

DUQUE. (*Aparte.*) ¡Sublime muger! Voy respirando.

CRISTIAN. (*Aparte.*) Muy bien jugado, mi querida tia; pero esperad, que la mia llega. (*Alto fingiendo emocion y tomándolos de la mano.*) ¡Mis queridos parientes... mis mejores amigos! Quiero consultaros acerca de un proyecto...

### ESCENA IX.

*Los precedentes, ENRIQUE por la puerta del fondo, hablando con sus guardias.*

ENRIQUE. Que rodeen el jardin solamente doscientos hombres.

CRISTIAN. (*Con inquietud.*) ¡Es Enrique! ¿Qué va á hacer?

DUQUE. (*Con temor, aparte á su muger.*) ¡Y Daniel que va á volver! Aun va á enredarlo el diablo...

DUQUESA. (*Aparte al duque.*) ¡Ya lo sé!

ENRIQUE. (*Despues de ver si su tropa está bien colocada, vuelve á la puerta y dice*) Está bien asi: por lo demas, yo me encargo y respondo de la persona del rey.

CRISTIAN. (*Volviéndose, dice en voz alta*) ¿Qué es esto, señor conde?

ENRIQUE. En fin, señor, tengo la dicha de encontraros... He pasado mortal inquietud por vuestra magestad... pero al fin vuelvo á veros. (*Aparte.*) Es inconcebible tanta semejanza, y... me afirmo en mi creencia.

CRISTIAN. Y bien, caballero, ¿qué teneis?

ENRIQUE. ¡Nada, señor! En tanto que vuestra magestad está aqui conversando tranquilamente... (*Aparte.*) Sin embargo hay diferencia; su hermana es mejor.

CRISTIAN. (*Aparte.*) Jamás me ha mirado tanto.

ENRIQUE. (*Aparte.*) ¡Oh!... ¡Mejor cútis... mejor talle!...

CRISTIAN. (*Fingiendo impaciencia.*) En fin, señor conde, ¿sabremos lo que veniais á decirnos?

ENRIQUE. Que hay un complot contra vuestra magestad; que algunos culpables que en su huida han sido hechos prisioneros por mí, me lo han revelado todo... Sé sus proyectos...

CRISTIAN. Los conozco perfectamente.

DUQUESA. Su magestad los conoce.

DUQUE. Sí señor, los conocemos. (*Con importancia.*)

ENRIQUE. ¿Y sabe vuestra magestad qué personas han fraguado esta conspiracion, y quiénes han alentado y pagado

á los rebeldes?... ¿Sabeis, señor, quiénes son los gefes del complot, que se encuentran en el seno de vuestra propia familia, que les estais dispensando vuestra amistad y vuestra confianza?

CRISTIAN. Ya lo sé.

DUQUESA. Su magestad lo sabe.

DUQUE. (Como antes.) Sí señor, lo sabemos.

ENRIQUE. (Con vivacidad.) ¡Ahl Cualesquiera que sean los medios de que quieran valerse, yo no conozco otro para dejarlos burlados que el de proclamaros rey.

DUQUE. ¿Mañana?

ENRIQUE. ¡Hoy mismol Los principales miembros del senado, instruidos por mí de los peligros que á vuestra magestad amenazan, van á convocar la asamblea general de los Estados.

DUQUE. (Con viveza.) Al instante voy allá. ¡Yo... su presidente, que dispongo de diez y seis votos, sin contar el mio! El señor conde de Holstein tiene razon: para desbaratar todas las maquinaciones, no hay mejor medio que el de proclamar y coronar á vuestra magestad dentro de pocas horas.

CRISTIAN. (Queriendo interrumpirle.) Permitid...

ENRIQUE y DUQUESA. Es muy justo.

CRISTIAN. (Aparte.) ¡Creyendo Enrique servirme, va á perjudicar á mis proyectos! (El duque sale por la puerta del fondo, impulsado por Enrique y la duquesa.)

## ESCENA X.

CRISTIAN, DUQUESA, ENRIQUE.

CRISTIAN. (Aparte, mirando á Enrique.) ¡Creerá que ha tenido una bella idea con su coronacion!

ENRIQUE. (Volviendo con aire de triunfo.) ¡Por fin, señor, gracias al cielo...

CRISTIAN. (Incomodado.) ¡Silencio! ¡Escuchadme! Acostúmbrase todo el mundo á obedecerme; porque hasta ahora no hay aqui otro señor que yo. Que se reuna el senado en buena hora... lo consiento, y... aun lo deseo; pero no para mi coronacion, porque esta no tendrá lugar.

DUQUESA. ¿Por qué razon, señor?

CRISTIAN. Por una razon que iba á esplicaros cuando llegó el

conde. Mis deseos, mis gustos todos me inclinan al estudio y al retiro... Tengo una verdadera antipatía á ser rey.

ENRIQUE. (*Asustado.*) ¡Cielos!

DUQUESA. (*Con alegría.*) ¿No quereis la corona?

CRISTIAN. (*Aparte.*) Rey no quiero ser; pero no abandonaré la corona.

ENRIQUE. ¡Renunciar voluntariamente á la corona que vuestros abuelos os legaran!... ¡Es imposible! Gracias á la buena memoria de mi padre, tengo alguna influencia en el senado, cuento con amigos; corro á prevenirles, ¡y vos sereis rey!

CRISTIAN. ¡No seré rey... no lo seré jamás!

ENRIQUE. ¡Señor; lo sereis á vuestro pesar, porque asi conviene al Estado; y para obligaros seria yo capaz de sublevar la ciudad entera. Yo corro...

CRISTIAN. (*A los oficiales que permanecen en el fondo.*) ¡Señores, arrestad al conde!

ENRIQUE. (*Un oficial se aproxima, y Enrique le da la espada.*) ¡Cielos!

DUQUESA. (*Aparte.*) ¡Maravillosamente!

CRISTIAN. (*Aparte.*) No tengo otro medio de que hacer uso sin esto va á quitarme la corona, queriendo dárme la.

ENRIQUE. Mi celo nunca desmentido me da derecho á preguntar por qué me trata vuestra magestad de esta suerte. ¡Hacerme arrestar por mis propios soldados, por mis subalternos... sin una razon... sin ningun motivo!

CRISTIAN. ¿Sin motivo, decís?

ENRIQUE. ¿Pues cuáles he dado, señor?

CRISTIAN. Vos habeis creido, y aun hoy lo creeis, como otros muchos, que en nada quiero mezclarme, que ignoro cuanto pasa... Pues aprended, caballero, todo lo contrario, y sabed que nada ignoro, que todo lo veo.

ENRIQUE. (*Aparte.*) ¡Hé aqui una verdadera presuncion!

CRISTIAN. (*Aparte á la duquesa.*) Vais á verlo, querida tia. (*Se sienta.*) Al medio dia os hice llamar, y no os encontraron... ¿En dónde estábais?

ENRIQUE. Estaba... estaba haciendo maniobrar á mi regimiento, al regimiento de vuestros guardias.

CRISTIAN. (*Con frialdad.*) No es cierto: estábais aqui hablando con una jóven.

ENRIQUE. (*Esforzándose á sonreir.*) Es cierto, señor, es cierto.

CRISTIAN. Estabais hablando con una persona que yo he ar-

- rojado de mi presencia y de mi palacio, y que ha penetrado aquí esta mañana, oculta bajo un disfraz.
- ENRIQUE. (*Aparte.*) ¡Gran Dios!
- DUQUESA. ¡Hé aquí un hecho que puede ser grave!
- CRISTIAN. ¡Demasiado grave! Era un enemigo verdadero que conspira contra mí.
- DUQUESA. ¡Eso mas!
- CRISTIAN. Un enemigo doméstico, á quien vos habeis ofrecido vuestro apoyo, vuestros servicios, aun sublevándoos...
- DUQUESA. (*Con aire de reconvencion.*) ¡Ah señor conde, semejantes actos constituyen un hecho de alta traicion!
- ENRIQUE. (*Vivamente.*) Aquí no hay nada de eso, ni se mezcla en esto ningun asunto político... ¡os lo juro!
- CRISTIAN. ¿Pues entonces?...
- DUQUESA. ¿Entonces?...
- ENRIQUE. Os pido el permiso de hablar á vuestra magestad á solas acerca de este asunto.
- CRISTIAN. (*Se levanta, y le hace señal para que se aproxime.*) ¡Hablad, caballero!
- ENRIQUE. (*A media voz y al principio de la escena.*) Yo sabia, es cierto, que esta jóven era hermana de vuestra magestad, y aun ha habido momentos en que he pensado otra cosa. Mas esa jóven proscrita, y hácia la cual no es lícito levantar los ojos... yo la amo, señor; y si esto es un delito...
- CRISTIAN. (*Con emocion disimulada.*) ¡Vos, señor conde, vos que á nadie habeis amado nunca!
- ENRIQUE. (*Con viveza.*) Hasta ahora, es cierto; pero no puedo significaros lo que he experimentado al lado de aquella jóven... ¡Qué sentimiento desconocido se ha apoderado de mí!
- CRISTIAN. (*Como arriba.*) ¿Hablais verdad?
- ENRIQUE. ¡Os lo juro por mi honor... por lo mas sagrado! Y la prueba es, que tembloroso, intimidado á su vista, apenas he osado decirla ¡yo os amo!
- CRISTIAN. Vos la habeis dicho...
- ENRIQUE. Os juro, señor, que ignora...
- CRISTIAN. ¡Lo sabe, caballero!
- ENRIQUE. Os protesto que no.
- CRISTIAN. ¡Os protesto que sí!
- ENRIQUE. (*Haciendo una reverencia.*) No me es lícito desmentir á vuestra magestad.
- CRISTIAN. Yo sé que habeis asido su mano, que la habeis llevado á vuestros labios...

ENRIQUE. Señor, creed que no es posible...

CRISTIAN. Estoy muy seguro de ello; y también dicen, aunque no lo he dado crédito, que habiais osado cogerla por el talle...

ENRIQUE. No diré á vuestra magestad que no; pero solo habia visto por la espalda, y creí que era Margarita...

CRISTIAN. Y aun cuando fuera Margarita...

ENRIQUE. ¡Perdonadme! ¡Es verdad! (*Aparte.*) ¡No sé lo que me digo!

DUQUESA. (*Avanzando.*) ¿Ha confesado al fin?

ENRIQUE. (*Aparte rápidamente mientras avanza la condesa.*) Señor, yo nada temo; porque llegado el caso de defenderos, no hubiera vacilado jamás entre vuestra magestad y ella; y aun cuando yo desee vivir para ella, no por esto dejaré de estar pronto á morir en defensa de vuestra magestad.

DUQUESA. (*Al rey.*) ¿Y ese proyecto del cual queria vuestra magestad hablarme?

CRISTIAN. Ahora debo retirarme. (*A Enrique.*) Voy á deciros á qué precio obtendreis vuestro perdon. La señora duquesa, que en otro tiempo rehusó concederos la mano de su hija, parece hoy dispuesta á no negárosla; y á pesar de la pretendida pasion de que acabais de hablarme, no dudo que aceptareis, (*Aparte*) y olvidareis á mi hermana.

ENRIQUE. Si los favores y aun la amistad de vuestra magestad han de ser á este precio, no tengo esperanza de obtenerlos, porque... rehuso!

CRISTIAN. ¡Rehusais!... ¡Bien... muy bien!

## ESCENA XI.

DUQUESA, CRISTIAN, ENRIQUE, *Soldados al fondo*, DANIEL *por la puerta de la izquierda.*

DANIEL. *Entra muy despacio, y se determina á llamar á media voz á la duquesa, sin ver á los soldados que estan en el fondo.* ¡Señora duquesa!

DUQUESA. (*Volviéndose hácia los soldados y señalando á Daniel.*) ¡Arrestad á ese hombre!

DANIEL. (*Asustado.*) ¡Eh!... ¡Cómo... arrestarme!

CRISTIAN. ¿Quién es?

DUQUESA. Uno de los conspiradores que maquinaban contra

vuestra magestad, á todos los cuales conozco perfectamente.  
 DANIEL. ¡Yo lo creo! Como que...  
 CRISTIAN. (*Con severidad.*) ¡Silencio! Nos ocuparemos mas tarde de esto. (*A la duquesa.*) Venid, querida tia; debo manifestaros, asi como al duque vuestro esposo, en cuáles momentos quiero resignar el poder.

DUQUESA. ¡Abdicar!

ENRIQUE. Pero, señor... ¿no podriais...

CRISTIAN. ¡Entre tanto os prohibo salir de este sitio, conde!..

¡Os lo prohibo!

(*Enrique hace un movimiento hácia el rey, el cual con una demostracion le reitera la órden que acaba de darle; la duquesa hace á Daniel una demostracion semejante, y sale detrás del rey.*)

## ESCENA XII.

DANIEL, *sentado á la izquierda*, ENRIQUE, *sentado á la derecha*. Los soldados en el fondo.

ENRIQUE. (*Cayendo sobre una silla.*) ¡Ah! ¡Esto es una ingratitud, una crueldad!

DANIEL. (*Idem.*) ¡No hay nombre que dar á esto!

ENRIQUE. ¡Amad á los principes!

DANIEL. ¡Servid á las duquesas!

ENRIQUE. ¡Porque defiendo sus intereses!

DANIEL. ¡Porque ejecuto sus órdenes!

ENRIQUE. ¡Caer en desgracia!

DANIEL. ¡Hacerme prender!

ENRIQUE. (*Con despecho.*) ¡Eh! ¡Me es igual!

DANIEL. (*Idem.*) Se me importa un pito.

ENRIQUE. (*Mirando á su alrededor.*) Pero... ¡si yo pudiera escapar de aquí...

DANIEL. ¡Si yo pudiera poner en salvo mi pescuezo!... (*Repara en Margarita, que acaba de salir por la puerta de la derecha, y que ha hablado con los soldados que estan en el fondo, señalando á Daniel.*) ¡Dios mío!... ¡Margarita!

## ESCENA XIII.

DANIEL, MARGARITA, ENRIQUE, *este sentado junto á una mesa, á la derecha, con la cabeza entre las manos.*)

MARGARITA. (*Acercándose á Daniel.*) ¿Es cierto lo que me han dicho, Daniel; es verdad que vas á ser ahorcado?

DANIEL. Y podeis vanagloriaros de tener la culpa de ello... y esto es lo que me causa mas coraje, y lo que me humilla mas aun que el ser ahorcado... es decir, mas no... pero tanto, por lo menos:

MARGARITA. ¡Y soy yo la causa!

DANIEL. Sí, por vuestra traicion.

MARGARITA. ¡Cómo!

DANIEL. Pero yo nada quiero de vos... nada os pido... me es igual todo... Mas si yo estuviera en vuestro lugar...

MARGARITA. ¿Qué hariais?

DANIEL. Si tuviérais un resto de conciencia...

MARGARITA. ¿Pero qué puedo hacer por tí?

DANIEL. ¡Y me pregunta qué puede hacer!... Ella, que tiene en su mano la felicidad, es decir... pero... ¡qué canario! si ello existe, no ha de ser mas ni menos porque yo lo calle. Si yo estuviese en vuestro lugar, diria: «¡Este pobre jóven »ser á la vez ahorcado y vendido!... ¡Es demasiado! Párase la diferencia, y que no sufra mas que la mitad.»

MARGARITA. ¡Ah! ¡Si yo pudiese, si dependiese de mí...

DANIEL. ¡Pardiez! Con vuestro poder, con vuestro crédito...

MARGARITA. ¡Cómo! ¿Te atreverás á creer aun...

DANIEL. ¡Habla!

MARGARITA. ¡Yo hacerte traicion!... ¡Antes morir! (*A Enrique.*) ¿No es verdad, caballero?

ENRIQUE. ¡Eh! Sí, de veras: ¡lo juro!

DANIEL. ¿Qué es lo que oigo decir, señor?

ENRIQUE. ¡Que jamás ha sido Margarita la querida del rey!

DANIEL. (*Asombrado.*) ¡Dios mio! ¡Pero lo que yo ví!

ENRIQUE. ¡Jamás! Lo aseguro, por mi honor: yo hice correr esa voz sin fundamento y por fines particulares.

DANIEL. (*Dando un grito de alegría se dirige con los brazos abiertos hácia Margarita.*) ¡Ah! (*Se detiene de pronto.*) ¡Voy á ser ahorcado! (*Tiende la mano hácia Margarita.*) ¡No im-

portal Te daré siempre gracias, porque el ser ahorcado no es mas que la mitad de lo que yo temia... la otra mitad!... Pero es igual: ¡la peor nada vale!

MARGARITA. *(A media voz.)* Yo aun tengo esperanza.

DANIEL. ¿Cuál?

MARGARITA. ¡Silencio! El rey viene sin duda: no, es la duquesa.

#### ESCENA XIV.

*Los precedentes, la DUQUESA entrando de prisa por la izquierda, hace un signo á los soldados para que se lleven á Daniel, que sale con Margarita por la izquierda.*

DUQUESA. *(A Daniel.)* ¡Salid!  
*(Daniel sale escoltado por dos soldados, seguido de Margarita.)*

ENRIQUE. ¡La duquesa! ¿Qué vendrá á anunciarme?

DUQUESA. Despues de la conversacion que habeis tenido delante de mí con su magestad, no os es posible negar que tambien abrigábais algunos proyectos contra el soberano.

ENRIQUE. *(Vivamente.)* ¡Jamás!

DUQUESA. *(Con amabilidad.)* No trato yo de reprenderos, ni mucho menos de penetrar vuestros secretos. Vengo á ofrecer la paz ó la guerra: mañana debe abdicar el rey.

ENRIQUE. Pero no le es permitido confiar los destinos del reino al conde de Gottorp.

DUQUESA. Es cierto; y por eso su magestad quiere colocar el cetro en una mano mas digna de sostenerle...

ENRIQUE. *(Con ironia.)* ¡Ya lo comprendo, señora! ¿Esa mano será la vuestra?

DUQUESA. Tal vez..

ENRIQUE. Pero la ley del reino, la ley Sálica, escluye formalmente á todas las hembras; y aunque su magestad abdique...

DUQUESA. ¡La ley, caballero! ¿Y no es mas que eso?

ENRIQUE. ¿Cómo? ¿No es bastante? *(Suena música dentro.)*

DUQUESA. ¡Deteneos, conde! ¿Escuchais?

ENRIQUE. *(Asombrado.)* ¿Qué significa esto? *(Continúa la música.)*

## ESCENA XV.

*Los precedentes, el DUQUE, despues DANIEL.*

DUQUE. (*Corriendo.*) ¡Esposa... señora!... ¡Señora duquesa!  
(*Con júbilo.*) Hablo á vuestra magestad.

DUQUESA. (*Da un grito de alegría, y lleva su mano derecha al corazon.*) ¡Ah!

DUQUE. ¡Nos la llevamos!

ENRIQUE. ¡Qué quiere decir!

DUQUE. Al venir he encontrado al paso á ese pobre diablo que se le llevaban, (*Señala á Daniel*) y le he dispensado gracia como... ¡como marido de la reina! En un día de ascension al trono es forzoso tener clemencia, y no dudo...

DUQUESA. (*Con amabilidad.*) ¡Lo aprobamos!

ENRIQUE. Pero nosotros nada aprobamos; reclamamos la ley, y si es necesario...

DUQUESA. ¡La ley está abolida!

ENRIQUE. ¡Cielos!

DUQUE. Abolida por los Estados del reino en uso de su derecho...

DUQUESA. De cuyos Estados es mi marido el presidente...

DUQUE. Y gracias á nuestros amigos...

DUQUESA. Y á los del rey reunidos...

DUQUE. Se ha obtenido una mayoría de quince votos...

ENRIQUE. (*Con cólera.*) ¡Gran Dios!

DUQUESA. (*Alegremente.*) ¡Y todas las mugeres de los senadores que estaban prevenidas por mí...

DUQUE. Que asistian á la sesion, y tenian preparados los respectivos votos...

DUQUESA. ¡Como que era una cuestion de Estado y de principios!

DUQUE. ¡Hé aqui que se acercan los grandes para felicitarnos!

## ESCENA XVI.

*Los precedentes, CRISTIAN vestida de reina, MARGARITA detrás de esta, soldados, acompañamiento, etc.*

DUQUE y DUQUESA. (*Viendo á la reina.*) ¡Cielos! ¡Qué veol  
CRISTIAN. A vuestra sobrina que viene á daros las gracias,  
mi querida tia.

DUQUESA. (*Asombrada.*) ¿Qué significa esto?

CRISTIAN. Significa que ya no hay rey, porque este, confor-  
me os prometió, viene á abdicar; pero... ¡tranquilizaos!...  
El poder no saldrá de la familia... La hija del último rey,  
(*Al duque, que hace un gesto de sorpresa*) sí, su hija....  
Podeis enteraros por estos papeles que vos mismo me ha-  
beis entregado esta mañana: la hija del rey puede al pre-  
sente, gracias á vos, que habeis hecho abolir la ley Sálica,  
abandonar su disfraz y subir al trono... (*Con dignidad.*) ¡Y  
subol

DUQUE. ¡Estoy pasmado!

DUQUESA. (*Aparte.*) ¡Y yo confundida!

CRISTIAN. En tanto que tuve que conservar el disfraz, care-  
cí de resolución, porque mi fiel aya, la duquesa de Offem-  
bach, me habia explicado bien cuánto podia perjudicarme  
que se descubriese el secreto. Pero asi que vos (*A la du-  
quesa*) me colocásteis en el camino; asi que ví llegado  
el momento de presentarme tal cual soy, sentí renacer  
en mí la energía y el teson, que forman mi verdadero  
carácter. (*Despues de una pausa.*) ¡Bien jugado!... ¿No es  
asi, querida tia? Mas en tanto que las reinas mandan, es  
preciso que se atienda á todo. (*Con tono mas grave.*) En  
cuanto á esas intrigas que vosotros habeis tramado contra  
el rey... vuestra reina deberia castigarlas... pero vuestra  
sobrina las olvida. (*Con severidad.*) Mas... ¡cuidado en lo  
sucesivol

DANIEL. (*Por lo bajo á Margarita, y señalando á la reina.*)  
¡Qué! ¡Es aquel el rey! ¡Ah Margarita... con un príncipe  
como ese ya no tengo miedo!

MARGARITA. Eres muy dichoso; pero... has de tener menos  
desconfianza, (*Imitando el tono de la reina*) porque si no...  
¡Mientras las mugeres reinan es forzoso atender á todo!

(*En tanto que dicen las precedentes líneas, la reina ha estado buscando con la vista á Enrique, que permanecerá aturrido y oculto entre la multitud. Ella le hace señal de que se aproxime.*)

**CRISTIAN.** Enrique, conde de Holstein, nuestro capitán de guardias, nuestro fiel servidor y mejor amigo... ya habreis conocido por qué impedí vuestra salida cuando queriais evitar, sin conocerlo, lo que ha sucedido. Tomad vuestra espada, que jamás empleásteis sino en nuestro servicio y defensa; y ahora coloaos de rodillas, y prestad vuestro juramento de fidelidad.

**ENRIQUE.** (*Conmovido.*) ¡A mi reina!

**CRISTIAN.** (*Idem.*) No... á vuestra esposa.

FIN DE LA COMEDIA.

Catálogo de las obras dramáticas de la propiedad del Círculo Literario Comercial, estrenadas últimamente en los teatros de esta corte, y con especialidad en el Teatro Español.

DRAMAS EN TRES Ó MAS ACTOS.

Boadil el chico.  
García de Paredes.  
Bernardo de Saldaña.  
El Doñ de mayo.  
El Fuego del cielo.  
El Cardenal y el ministro.  
Sara.

Diego Corrientes ó el Bandido generoso.

Roberto el Normando.  
Don Francisco de Quevedo.  
Un Juramento.

Nobleza Republicana.  
Mauricio el Republicano.  
Doña Juana la loca.

El Bufon del Rey.  
El Hijo del Diablo.  
Un Voto y una venganza.

Ultimas horas de un Rey.  
Juan Bravo el Comunero.  
La Reina Sara.

Antonio de Leiva.  
Isabel la Católica.

COMEDIAS EN TRES Ó MAS ACTOS.

Un Verdadero hombre de bien.  
La Esclava de su galan.  
Ardides dobles de amor.  
El Buen Santiago.  
Pecado y expiacion.  
¡Fortuna te dé Dios; Hijo!  
No se venga quien bien ama.  
La Estudiantina, ó el diablo de Salamanca.

La Escala de la fortuna.  
Capas y sombreros.

Amor con amor se paga.  
Un Hidalgo aragonés.

¡Ya es tarde!  
Un cuarto con dos alcobas.

¡Lo qué es el mundo!  
Todo se queda en casa.

La Voluntad del difunto.  
La Ceniza en la frente.

Desde Toledo á Madrid.  
El Rey de los Primos.

Un matrimonio á la moda.  
Quien bien te quiera te hará llorar.

Marica-enreda.  
Flaquezas y Desengaños.

La Amistad ó las Tres épocas.  
El Diablo las carga.

Ataque y Defensa.  
Ginesillo el aturdido.

Caprichos de la Fortuna.  
Achaques del siglo actual.  
Embajador y Hechicero (de magia).  
A un tiempo amor y fortuna.  
El Oficialito.

¿Quién es ella?  
A quien Dios no le dá hijos....

DE UNO Y DOS ACTOS.

La Ley sálica.  
Un casamiento por hambre.  
Antes que todo el honor.

¡Un divorcio!  
La hija del misterio.  
Las cucas.

Gerónimo el Albañil.  
María y Felipe.  
Los dos amigos y el dote.

Los dos compadres.  
Otro perro del hortelano.  
No mas secreto.

El Vizconde Bartolo.  
No hay chanzas con el amor.  
Manolito Gazquez.

¡No hay felicidad completa!  
El premio de la virtud.  
¡Un hofeton... y soy dichosa!

De casta le viene al galgo.  
El Retratista.

Sombra, fantasma y muger.  
Percances de un apellido.  
El turrón de noche-buena.

El Corazon de un bandido.  
Treinta dias despues, segunda parte  
del Corazon de un bandido.

¡Un ente singular!  
La carta del sello negro.  
Juan el Perdio.

Un Contrabando.  
La Casa deshabitada.  
Mi media Naranja.

Infantes improvisados.  
Por amor y por dinero.  
Estrupicios del amor.

Clases Pasivas.  
Un Angel tutelar.  
Cuerpo y sombra.

Las jorobas.

ZARZUELAS.

El Duende.  
Colegias y Soldados.  
Misterios de bastidores.  
El Alma en pena.  
La noche-buena.  
Una tarde de toros.

## PUNTOS DE VENTA.

Por suscripcion **50** por **100** de rebaja.  
 En Madrid en las librerias de Rios, calle de Carretas,  
 y Cuesta, calle Mayor.

### EN PROVINCIAS.

Albacete. . . . .	Herrero y Pedron.	Logroño. . . . .	Ruiz.
Alcalá. . . . .	Moreno.	Lugo. . . . .	Pujol.
Alcoy. . . . .	Martí y Roig.	Málaga. . . . .	Moya.
Algeciras . . . . .	Castaño y Monet.	Mataró. . . . .	Cabot.
Alicante. . . . .	Ibarra.	Murcia. . . . .	Molina.
Almaden. . . . .	Quiroga.	Ocaña. . . . .	Calvillo.
Almería. . . . .	Vergara y comp.	Orense. . . . .	Gomez Novoa.
Andujar. . . . .	Torre.	Oviedo. . . . .	Longoria.
Astorga. . . . .	Barrio y Gudiel.	Palencia. . . . .	Camazon.
Avila. . . . .	Aguado.	Palma. . . . .	Rullan Hermanos.
Badajoz. . . . .	Viuda de Carrillo.	Pamplona. . . . .	Azpilcueta.
Baeza. . . . .	Alambra.	Plasencia. . . . .	Pis.
Barcelona. . . . .	Oliveros.	Pontevedra. . . . .	Verea Varela.
Bejar. . . . .	Olleros.	Puerto de Santa	
Benavente. . . . .	Fidalgo Blanco.	María. . . . .	Valderrama.
Bilbao. . . . .	Delmas é Hijos.	Reus. . . . .	Vidal.
Burgos. . . . .	Villanueva.	Ronda. . . . .	Moreti.
Cáceres. . . . .	Valiente.	Salamanca. . . . .	Oliva.
Cádiz. . . . .	Moraleda.	San Fernando. . . . .	Meneses.
Calatayud. . . . .	Larrága.	Santa Cruz de Te-	
Carmona. . . . .	Moreno.	nerife. . . . .	Ramirez.
Cartagena. . . . .	Benedicto.	Santander. . . . .	Riesgo.
Castellon. . . . .	Moles.	Santiago. . . . .	Sanchez y Rua.
Ciudad-Real. . . . .	Gonzalez.	San Sebastian. . . . .	Baroja.
Ciudad-Rodrigo . . . . .	Perez.	Segovia. . . . .	Alejandro.
Córdoba. . . . .	Manté.	Sevilla. . . . .	Santigosa.
Coria. . . . .	Muñoz.	Soria. . . . .	Rioja.
Coruña . . . . .	Sischká.	Talavera. . . . .	Castro.
Cuenca. . . . .	Mariana.	Tarragona. . . . .	Puigrubf y Canals.
Ecija. . . . .	Jimenez.	Teruel. . . . .	Lopez.
Ferrol. . . . .	Tajonera.	Toledo. . . . .	Hernandez.
Gerona. . . . .	Oliva.	Toro. . . . .	Rodriguez Tejedor.
Granada. . . . .	Zamora.	Trugillo. . . . .	Hernandez.
Guadalajara. . . . .	Perez.	Tuy. . . . .	Martinez Gonzalez
Huelva. . . . .	Portefaix.	Valencia. . . . .	Mateu y Garin:
Huesca. . . . .	Viuda de Galindo.	Valladolid. . . . .	Rodriguez.
Jaen. . . . .	Sacrista y comp.	Vigo. . . . .	Sotero.
Jerez, de la Front. . . . .	Bueno.	Vitoria. . . . .	Ormilugue.
Jijon. . . . .	Delgrás.	Ubeda. . . . .	Sabater.
Leon. . . . .	Redondo.	Zamora. . . . .	Pimentel.
Lérida. . . . .	Sol.	Zaragoza. . . . .	Polo.

El CIRCULO LITERARIO COMERCIAL se halla establecido  
 en la calle de Fuencarral, número 2, cuarto entre-  
 suelo, casa de Astrarena.